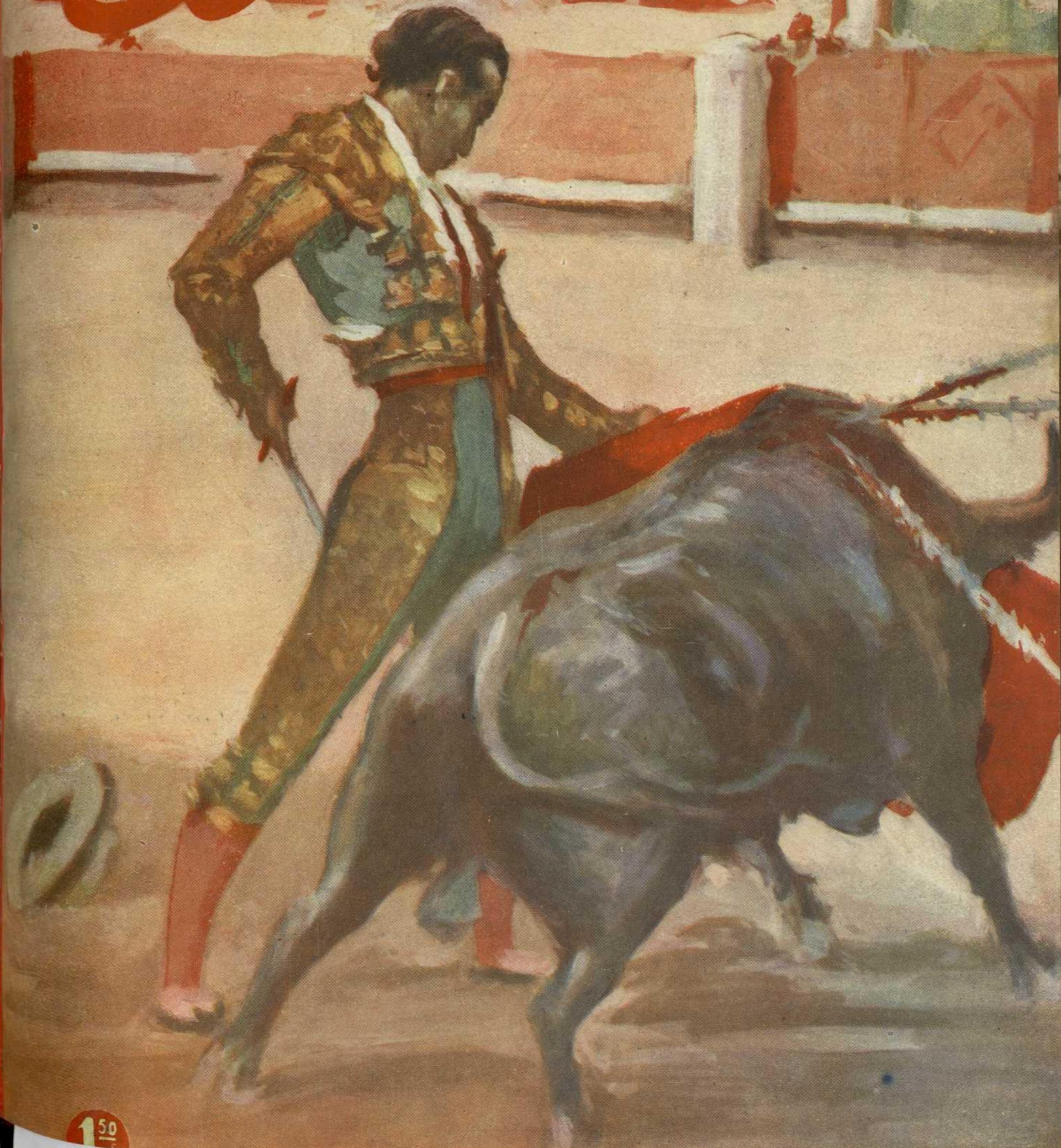


El Ruedo





El Gallo dando el quiebro de rodillas.

(Dibujo de Pérez)

El Puñado



EN ESTE NUMERO:
EL NIÑO DE LA PALMA toró
por primera vez en Ceuta
y cobró treinta pesetas

(Información en la página 11)

En la foto, un gran pase del que fué
famoso matador de toros

ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

MANUEL GRANERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DIOS temas andan estos días en boca de los aficionados; la clasificación de los diestros, realizada en la Sección taurina del Sindicato Nacional del Espectáculo, y la curiosa estadística que en la diaria página que EL RUEDO publica en "Marca" apareció el domingo, referente a ganaderos multados.

Las cosas me vienen como anillo al dedo, porque los dos temas me parecían oportunos para traerlos aquí, y de los dos pensaba ocuparme por mi cuenta y riesgo; pero el trabajo me lo lo han

dejado resuelto para criticar, que es lo fácil, lo cómodo, como si uno fuera también un torero de esos que esperan el torito de carril.

Es el primer tema —el de la clasificación de toreros— objeto de comentarios, porque aun no estamos —los aficionados— suficientemente enterados de las bases que rigen para determinar que Fulanito sea del grupo especial; Mengano, del grupo primero; Zutano, del segundo; Perenganito, del tercero, y el otro Tal, del cuarto... Se nos dice, por un lado, que esto tiene tan sólo una finalidad económica, de la que se deduce que, según el grupo a que cada uno pertenezca, pagará a sus subalternos, y como, por lo general, a nadie nos importa meternos en los intereses de cada uno, lo aprobamos sin reservas; pero nos dicen que "para hacer la clasificación se ha tenido en cuenta el número de corridas toreadas durante la pasada temporada por cada matador y los éxitos conseguidos en sus actuaciones", y la cosa cambia por completo. O si no, que explique quien pueda por qué El Estudiante y Pepe Bienvenida, inmediatamente a la zaga en número de corridas y éxitos, no están clasificados en el grupo especial. Y por qué, por ejemplo, don Alvaro Domínguez y los rejoneadores portugueses han sido incluidos en un grupo cualquiera.

Repito que si la razón es puramente económica, todo comentario es ocioso e impropio; pero es obligado, y digno de tenerse en cuenta, si pesan otros factores como los indicados.

El otro tema lo ha suscitado la estadística de ganaderos multados, que viene muy bien a la unánime campaña pro-toro. No me propongo sacar argumentos para atacar a unos y defender a otros, pero es justo resaltar que no son precisamente los que van a la cabeza en cantidad de pesetas pagadas por multas los que más veces incumplieron las disposiciones reglamentarias, como puede ver cualquiera que repare en estos datos publicados: el ganadero señor X, en 72 toros lidiados, pagó multas por valor de 19.900 pesetas, mientras que el ganadero señor Z pagó 111.000 por sólo 18 reses. A cada uno lo suyo.

Otra observación que rápidamente se desprende de un análisis elemental de los datos publicados es que, ajustando las cuentas a los infractores de lo que cobraron, poco más o menos, por sus toros y lo que pagaron de multas, todavía les queda margen suficiente para seguir criando toros multables.

Año I -:- Madrid, 20 de diciembre de 1944 -:- Núm. 28



EL DOMINGO, EN CASTELLÓN

Se ha celebrado el domingo último un brillante festival taurino en la Plaza de Castellón. Los fines benéficos de dicha fiesta eran para la Cruz Roja Española, llenándose la Plaza castellanense de aficionados, presidiendo bellas señoritas, que realizaron la fiesta taurina con su presencia.

Todas las faenas fueron aplaudidísimas, cortando oreja en cada uno de sus toreros Vicente Barrera, Enrique Torres y Amador Ruiz Toledo. El novillero José Catalán completó el cartel.

En la foto de la izquierda aparecen Enrique Torres y José Catalán. A la derecha, Amador Ruiz Toledo y el famoso diestro valenciano Vicente Barrera.

Cuando las Plazas están cerradas



El mulbido de la dura Plaza de las Ventas está siendo reparado. Este pacífico tapicero repasa una por una. Muchas horas de trabajo serán precisas para que los millares de almohadillas recobren su aspecto atrayente para los días llenos de alegría en el coso madrileño



Montones de trapos... Es el aspecto de los petos al finalizar la temporada. Las tripas asoman por entre la tupida lona que protege en cada espectáculo el cuero un poco flaco de los caballos... Este hábil empleado mira por la vida de los jamelgos...



Al pasar frente a la Plaza de Toros, cuando ya el invierno no ha terminado con la temporada, sentimos la curiosidad de ver la soledad del graderío. La Plaza vacía —¡lagarto, lagarto!— los empresarios — es una verdadera desolación.

Pero una gran sorpresa nos aguarda apenas trasponemos la puerta del patio de caballos. En la Plaza hay una activa animación. Gentes que trabajan afanosamente, en un ir y venir por todas las dependencias.

—¿Es que van a celebrarse corridas?

—¿Corridas? ¡Como no instalada una buena calefacción en la Plaza!

—¿Qué hacen aquí todas las gentes?

—La labor de todos los días en el invierno. Aquí no falta tarea hasta que vaya la nueva temporada.

—¿Qué es lo que hacen?

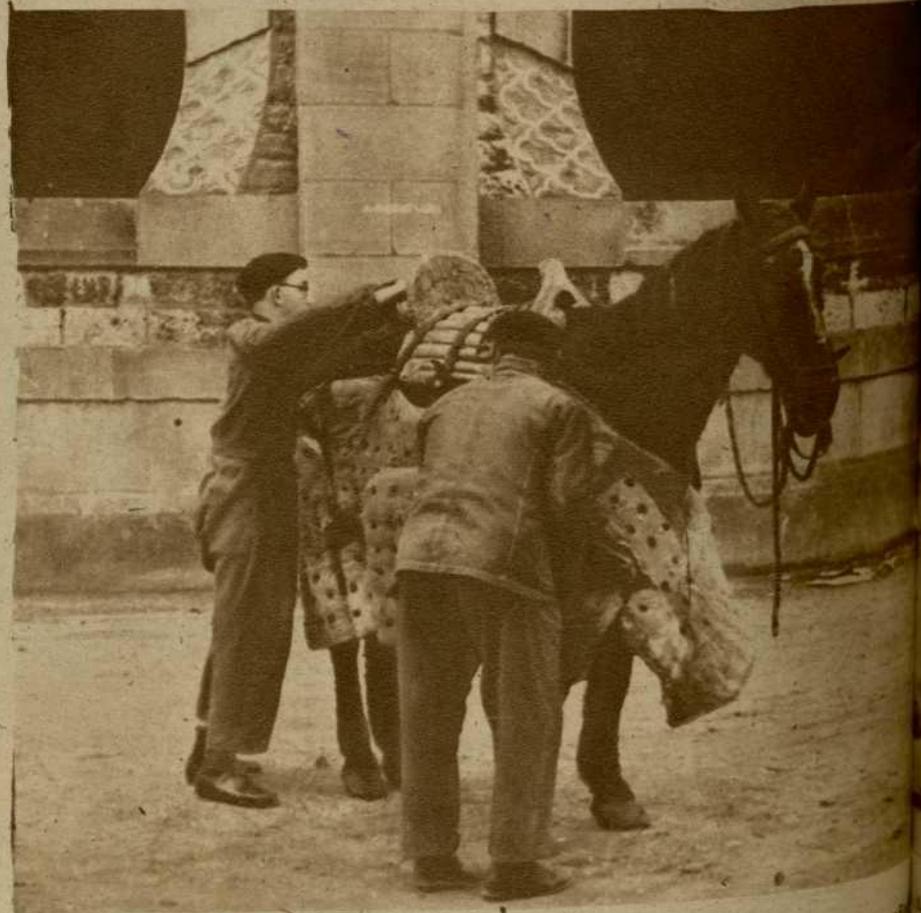
—Hay que cuidar el piso del ruedo para que no se eche a perder con las lluvias. Hay que dar un baño de minio a los herrajes para evitar que el agua los pierda. Se reparan puertas y asientos. Es necesario un constante cuidado de una plaza expuesta a todos los elementos.

—¿Para qué andan con esos caballos?

—Durante el invierno hay un hombre encargado de repasar y arreglar los petos. Después de arreglados se prueban en las monturas. Y de paso «se andan» poco al ganado.

—¿Se estropean mucho los petos?

—Mucho. No son sólo las cornadas que tantas veces los rasgan, sino «las pasas», que es necesario rellenar para que ofrezcan la debida resistencia, y las...



... Ya ha sido terminado el arreglo. Los remiendos, cortes de telas y otros trabajos obligan a ser probados nuevamente. Listo para salir en cualquier momento... habrá esperar hasta marzo, que comience de nuevo la fiesta

Arreglo de petos, almohadillas y jaulas de toros

Sin brillo y sin sol; mientras el ruedo está vacío

Desde luego, el arreglo de los petos exige mucho tiempo y una pequeña especialización por parte de quien lo hace.

¿Y las almohadillas? Los hombres se dedican a arreglarlas. Esas sí que sufren averías. Aunque el temor a los guardias ha evitado que sirvan de proyectiles con que lanzarlas al ruedo después de la corrida. Y, desde luego, son pisoteadas en los corrales. Se rompen muchas, y por eso ahora en el invierno se cosen, se reparan y se sellan para que al volver la temporada estén en condiciones de ser servidos al público.

Esta labor requiere mucho tiempo, pues son varios millares de almohadillas las que hay en la Plaza.

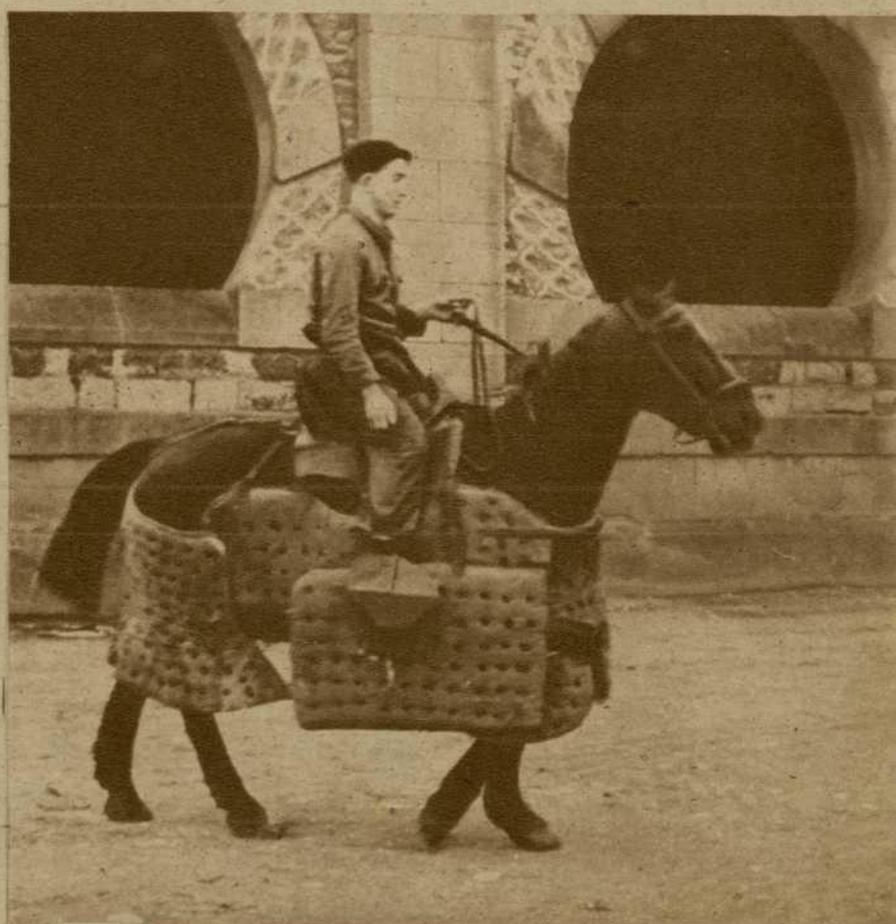
¿Quiénes hacen esos hombres en las jaulas de los toros? Los herreros y carpinteros, que repasan las bateas. Estos cajones hacen muy largos a Andalucía y a Salamanca para transportar los toros. El trabajo en los trenes, el cargar y descargar en los camiones y los golpes que den las alambres dan sus «huéspedes» hacen que padezcan constantes desavíos.

¿Qué es lo que hace falta tener seguridad en la Plaza? Porque no es la primera vez que un toro se escapa al ser transportado, sino sólo es un peligro para el pacífico público, sino una pérdida grande para el propietario.

De modo que aun sin celebrarse corridas hay trabajo abundante en la Plaza, señor. No falta en todo el año. Pero el trabajo bonito es en los días de fiesta... Entonces, que si llegan los toros hay que desencajonar, que hay que moverlos en los corrales, darles de comer, hacerlos el apartado, arrastrarles, llevarlos al desolladero... Y entonces esos tendidos de público. Y sol, mucho sol y mucho viento andaluz... ¡La fiesta, señor, señor...—A. R. A.



Reparo de puertas. Los herreros, carpinteros..., todos los que tienen la misión de cuidar, muestran su actividad. No va a dar suelta al toro que se lidiará. Los cajones son preparados para los viajes. Son viviendas de los animales desde la dehesa hasta la Plaza..., y se mira estén en condiciones



En la Plaza madrileña no cesa la actividad de los subalternos. Los encargados del ganado pasean a los caballos por los patios. Este jinete emula al Relámpago o al Trueno, picadores de todos los tiempos... Ahora que sin peligro alguno...

... para ser pisoteadas por los tendidos..., gradas..., andanadas y para que esta exaltado envíe su protesta arrojándolas al ruedo. Hoy ya no tienen esa aplicación. Sirven para olvidar lo dura que está la piedra. Y con el mayor cuidado este veterano mozo las traslada al almacén

SIN VISTO BUENO

LA MALA MUERTE

Por EL CACHETERO



MAS o menos, estamos sincronizados por hoy con Felipe Sassone, por cuanto lo que vamos a tratar ocurre en las Plazas a partir que el matador acaba de intentarlo ser, porque mejor o peor ha cuadrado, se ha perfilado y se ha tirado a matar. Si ha resultado bien la estocada, en el toro se notará, porque van a quedarle segundos de vida. Y si esto ocurría antes, no digamos ahora, en que la estocada no necesita de demasiada precisión, porque tiene que acabar una vida con hartas menos fuerzas que las que tenían los toros de antaño. Los toretes de hoy son sensibles a la estocada de muerte, que puede ser mala o buena en su mérito, en su ejecución o en el

entorno que el espada dió a cambio, lo mismo que los de tiempos atrás. Pero también mueren de mala muerte, de escasa muerte, y de esto, cabalmente, es de lo que vamos a hablar.

Hace un año tratamos de la mala práctica del descabello en vivo, y aunque la cosa —la mandanga esa— no ha ido a más, todavía falta mucho para que podamos darla por fenecida. Es decir, el espada cumple con meter la parte de estoque mínima que, por quedar clavada, pueda justificarle de haber estoqueado. Y a descabellar acto seguido, tras un capoteo infernal, cosa que tiene su salvaguardia y su ahorro de riesgos, por más que nos citen precedentes de percances sufridos por Antonio Fuentes o Vicente Pastor, cuando el descabello solía ser justo y hasta tenía sus peligros.

Inútil insistir en que el descabello no es muerte, sino trámite para el toro que no se puede hacer doblar a estocadas con el estoque de verdad, que no con el de cruceta. Bueno, pues de ese modo han muerto toros que han sido dados por bien matados y hasta ha merecido ovaciones la destreza en el truco, por parte de los papanatas que no se figuran que la del descabellar debe ser facna tan supuesta al salir en la Plaza como la del saber armar la muleta. En fin, de todo esto también tienen la culpa los toros mínimos que vamos viendo, aptos para descabellar desde que reciben la primera puya en cuanto se les dé tratamiento adecuado de capoteo.

Pero, sea con descabello o no, aun hay cosa peor, porque antes se suponía que un toro doblaba para pasar a jurisdicción del puntillero cuando había sufrido un castigo determinado. Ahora dobla si no se tiene cuidado muchas veces en la pura lidia de trámite. Pues bien, hay ocasiones en que esa endebles que los ganaderos echan encima de los pobres bichos de lidia excusa casi la muerte sin siquiera descabello. Por ahí, como en otras tantas cosas, los toreros andan más que a gusto en el machito. Y así andan muy a gusto con fingir o simular la muerte, en la seguridad de que un pinchazo hondo da lugar, sin protesta, a la intervención del peonaje. ¡Y qué momento! Ahora que nos pagamos tanto de la estética, que creemos que se ha alcanzado la máxima gallardía para el matador, pues que no se da el espectáculo de antes, cuando frente a un toro de cinco años, duro, de pitones y arrobas, muleteaba el espada encorvado, con trapazos y peones, a la media vuelta; ahora, en fin, nos parece bellissimo, o tolerable al menos, que desde que el espada rasga la carne del toro salgan como posesos, a carrera limpia, los peones desde el estribo y hagan caer al toro —cosa fácil, por lo demás, en cualquier momento— en vueltas, recortes y hasta empujoncillos. El toro dobla las patas por quinta vez —aunque un poco más justificadamente ésta— desde que salió, y cualquier tocayo mío, o sea cachetero, hará el resto. Es decir, matará a un toro que ya dió medio muerto el ganadero.

El espada ha sido un buen intermediario en tal caso, aunque jamás matador. Simulador de muerte, tal y como sucede en Portugal, con la desventaja de que allí tal cosa es canon y aquí abuso. A trueque de ser pesados, pero con la esperanza de ser sinceramente honrados ante el público, en el mal toro radica todo, servido por la cómoda facilidad de los matadores.

Un toro que lo sea plenamente dobla cuando ha sido muerto, a volapié o de un bajonazo, pero no admite mixtificaciones. Humilla para el descabello cuando ha sido bien herido, por lo menos en cantidad, y cuando ya no tiene fuerza dobla las patas, pero no consiente rueda de peones al primer pinchazo, sin que allá se las hayan con él. En fin, el toro, tras poner en sitio el descabello, tras de revalorizar la suerte de matar, iba a dejar al aire a tanto espada del pellizco y de mala muerte como anda por ahí.



HASTA LLEGAR A LA FAMA

JUAN BELMONTE era vendedor ambulante de calcetines y encajes antes de ser un gran torero



JUAN Belmonte no es trianero, como dicen. Nació el 14 de abril de 1892 en el barrio de la Feria, de Sevilla, calle del mismo nombre y casa número 72. Vivió su infancia en el barrio de Triana, que es lo que ha dado lugar a confusiones entre sus biógrafos. Su padre —José Belmonte Peña— era oriundo del pueblo gaditano de Prado del Rey y tenía abierta una humilde tienda de quincalla en el citado barrio de la Feria.

Juan fué bautizado en la parroquia Omnium Sanctorum, en la que también recibieron las aguas bautismales otros dos grandes toreros: Antonio Carmona, Gordito, el inventor de los quiebros maravillosos, y Antonio Montes, el que murió en Méjico víctima del toro Matajacas.

De los nueve hermanos que tuvo Juan, fueron matadores de toros dos: Manolo y Pepe.

De aspecto enfermizo, nadie creyó que Belmonte podría ser torero. Cuando contaba dieciocho años de edad toreó sus dos primeras novilladas en la Maestranza de Sevilla, ganando en cada una de ellas cien pesetas, teniendo que pagar con ellas el alquiler del traje de luces y los honorarios de un banderillero. En la primera corrida triunfó y se lo llevaron en hombros hasta Triana, y en la segunda fracasó estrepitosamente, oyendo los tres avisos en cada toro. A continuación tuvo que trabajar en la corta del río Guadalquivir, y ganaba de dos a tres pesetas picando de sol a sol. También fué revendedor ambulante de calcetines y encajes. Tal era la miseria que por entonces reinaba en su casa.

El 26 de mayo toreó en Valencia una novillada sin picadores, cobrando ochenta pesetas, la misma Plaza en la que, andando el tiempo, cobraría por una actuación siete mil duros (23 de octubre de 1927, alternativa de Vicente Barreira). Se presentó en Madrid, alternando con Posada, el 26 de marzo de 1913, y toros de Santa Coloma. Tomó la alternativa en Madrid el 16 de octubre del mismo año, de manos de El Gallo, completando la terna Machaquito. La corrida fué un desastre, saliendo por los chiqueros hasta once toros: ocho de Guadalest, dos de Bañuelos y uno de Olea.

El año 1914 toreó Juan Belmonte 94 corridas en España y nueve en Méjico. En 1915 contrató 110 corridas, perdiendo muchas por percances. En 1916 toreó 44 de las 103 contratadas, a causa del gravísimo percance sufrido el 16 de julio en La Linea. En 1917 toreó 99 —97 en España y dos en Lima—. En 1918 toreó 11 corridas en América y se casó en Lima. En 1919 tomó parte en 110 corridas, cifra a la que no ha llegado nadie. En 1920 actuó en unas 70 en España

y tres en Lima. En 1921 toreó 42 en España y una en Lima. Al finalizar esta temporada se marchó a Méjico a torear seis corridas y se retiró del toreo. En 1924 actuó como torero y como rejoneador en algunos festivales, embarcando otra vez para Lima. Reapareció en 1925, ya en plan de mercantilismo, con toros excesivamente recortados de kilos y pitones, ganando cinco mil duros por corrida. Y en ese plan continuó los años 26 y 27.

Después se retiró, volvió a los ruedos y volvieron a repetirse las retiradas y las reapariciones hasta 1934, en que se fué definitivamente.



CAGANCHO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



la Rueda de la Fortuna,
su fortuna derramando.

Revocos de añil y cal,
Mieles de pomas maduras
destikando bajo un chal.

Puntillas de pañales,
vuelos de bata,
que la luz de la luna
pinta de plata.
(El Coco, con patillas,
faja y garbero,
galopa en un caballo
«flor de romero».)

Lucerito moreno
de la mañana;
alondra madruguera,
rosa temprana;
pelusa de un membrillo
verde aceituna...
¡raso de terciopelo
para esta cuna!

¡Marimónas que huelen
a tierra calma!
¡¡Arrumacos que pican
dentro del alma!
(Con jopos de borrego
le pega el Coco,
a los gitanos chicos
que duermen poco.)

—¿Ha escuchado usted, señor,
entretejer con amor,
entre revuelos de faldas,
los hilillos del tesoro?

¡Bronce de color de oro,
azabache y esmeraldas!

¿Se ha dado cuenta, señor?

III

Brote de un olivo viejo
que se escapó del hocino;
percha de un verdorón real;
tutor de un jazmín morisco...;
¡varilla camandulera!
¡Batuta de los chiquillos
en coro de diabluras!
Estoque de los toritos,
con cuernos de toros padres
y cabezas de chorlito...

¡Varita de la virtud,
por gracia de un adivina
y de la saracatrusa
de misterios escondidos!...

En la gallera española,
y en lances comprometidos,
guión de un pollo javaco
con nueve líneas de pico,
catorce y media de puya
y ochenta onzas en limpio.

¡Varilla camandulera!

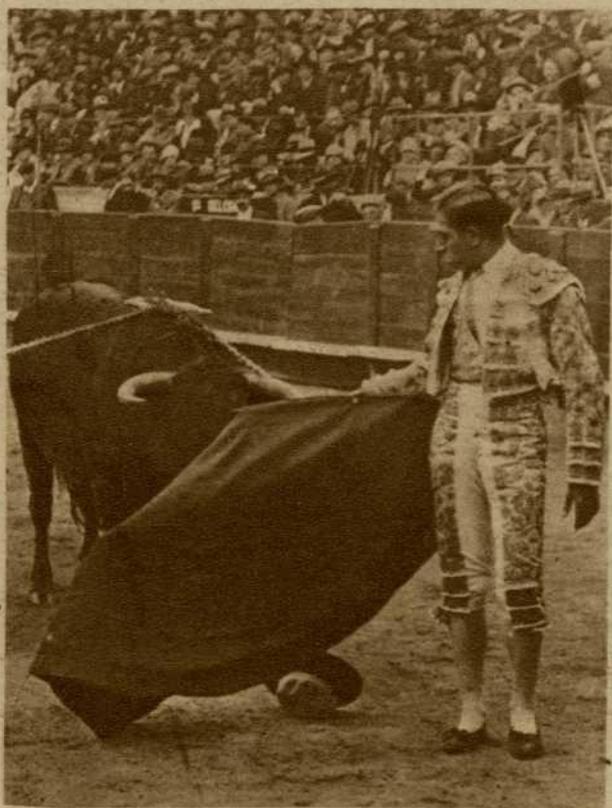
¡Varetón de viejo olivo!

¿Centro de un emperador?
¿Vara de un alguacillito?

Joaquín Rodríguez Cagancho:
¿será cantar tu destino
como lo fué el de tu abuelo
y el de tu padre lo ha sido?...
No, no;
que las duques jañearon
sonacay pa' el chaboró.

IV

¡Cagancho de las marismas,
que gorjeando en el nido,



¡Cagancho de las marismas, canta lo que bien te venga!...

... brote de un olivo viejo que se
escapó del hocino...

le diste coba a tu Arcángel
y a la estrella de tu sino!
Sin polvo de carbonilla,
ni chispas de los martillos,
ni tiznes de las escorias,
que te nublen el camino;
verde porque eres vardasca
y te riegan entre mimos
y tercios de martinetes
las aguas claras de un río,
que hace linde a los cerrados
y parte en dos los cortijos,
corriendo hacia el burladero
de los mares infinitos.

En seda color tabaco
se ha enredado tu destino,
y a golpes de plata nueva,
con los cabos de jacinto,
el corazón de tu casta
hace son con sus latidos.

¡Cagancho de las marismas!
Cantas sin abrir el pico,
dibujando sigüriyas
entre los cuernos buidos,
donde «la vieja pelleja»
encendió dos candilillos
que apagas por soleares,
importándote un camino
que se sulfure la vieja,
o que los alguacillitos
te hagan señas con los dedos
porque no cuadró tu estilo
a un delegado con bimba,
o a un público distinguido,
que pide desaforado
tu cabeza... ¡y fondanguillos!

Si vamos quedando pocos...
¡estemos bien avenidos!
que si el joyero de nácar
se ha vuelto cajón de pino...
a mí no me preocupa,
y a ti se te da lo mismo
que le saquen las virutas
con escoplo o con cepillo,
los que calientan la cola
dale que dale al soplillo.

¡Cagancho de las marismas!
canta lo que bien te venga...
que entre la tierra y el cielo
¡alguno habrá que te entienda!

... Bronce de color de oro, azabache
esmeraldas...

Tó aquel que diga que no,
que sus oucas no son ná,
que cantando martinetes
tenga que ganarse el pan.

Ancha cueva boquinegra,
con singa de barbanales,
en sus entrañas de piedra.
Tan, tan,
Tin, tan, tan...

Cantan los machos batiendo,
con resuello de titán,
chispas de luz encendiendo...
Tin, tan, tan...

¡Cantan los machos batiendo!
Repiquea el martillo,
punteando saltarán
en primas de cardenillo.
Tin tin,
tan, tin, tin.

¡Pica y repica el martillo!

Si, si.
No, no.
Que mis duquitas jañean
sonacay pa' el chaboró.
—¿No lo comprende, señor?
Están, fraguando un tesoro.
¡Con atávico dolor,
batan caireles de oro!

—¿Se da usted cuenta, señor?

II

Bajó a la tierra un Arcángel,
de pedrería cuajado.
Se para junto a una cuna,
de peral y álamo blanco.
En la cuna ríe un niño
del color del bronce claro;
tocó su frente el Arcángel
y en los ojos le ha besado.

Un caracol de azabache
en la frente le ha brotado,
y dos puras esmeraldas
se encienden bajo los arcos
de las cejas en pínchel.

En el cielo se ha parado

EL OTRO MANOLETE DE CORDOBA

Se llamaba Enrique Rodríguez, nació en 1892, y era "botones" del Club Guerrita

"Bebe - Chico" le dió la alternativa en Bélmez, a la que renunció poco después para seguir actuando de novillero



Manuel Rodríguez, el malogrado Manolete madrileño

Madrid, tuvo otro Manolete --Manuel Rodríguez, como el actual-- que formó pareja juvenil con Gregorio Garrido

EN diferentes ocasiones se ha hablado y escrito bastante sobre esta dinastía de toreros cordobeses, uno de los que en este momento histórico ostenta la jerarquía del Califato taurino de la sultana Córdoba, creada por aquel ingenio, maestro de escritores y periodistas, don Mariano de Cavia, Sobaquillo.

Fué en realidad el padre de este Manolete de ahora el que dió rango y popularidad al expresado apodo.

Y sucedió esto porque el segundo que le usó de tal familia, torera pos sus cuatro costados, era particularmente como lidiador una cosa muy estimable.

Aquel Manolete de hace la friolera de siete lustros, a quien nosotros conocimos y aplaudimos en bastantes ocasiones, se hallaba calibrado, artísticamente, por el famoso Guerrita.

—¿Qué «guen» torero es este Manolete! —exclamó en más de una ocasión.

Y no le cegaba la pasión por motivos de paisanaje, porque Guerrita era bastante crudo en el decir y no se casaba con nadie a la hora de la verdad.

Tuvo, pues, Manolete, en su época, bastante popularidad, repito, y su nombre fué llevado en distintas ocasiones, como torero del día, a los escenarios por

quillo, atento siempre a las conversaciones que en aquella sostenían los socios, y muy particularmente cuando el sentencioso verbo de Rafael era escuchado con religioso silencio, procuraba no perder ni una sílaba de cuanto hasta sus oídos podía llegar, y de esta guisa fué imponiéndose en muchos secretos del arte de lidiar toros, que luego procuraba adaptar en sus primeros pasos ante las astadas fieras.

—¿Pero qué le pasa al «botones»? —preguntó un día Guerrita al notar su prolongada ausencia.

—¿Al «botones»? —le contestó un socio—. Pues nada, Rafael. Que se pos ha ido porque, envenenado con el ambiente que aquí se respira, le ha «dao» por ser torero.

—Pues está «aviao» —replicó Guerrita con su peculiar manera de hablar.

Un día, el 12 de septiembre de 1909, debutó en Madrid un chiquillo cordobés.

Tenia sólo diecisiete años y acompañáronle en la lidia de seis novillos del conde de Trespalacios, Pacomio Peribáñez y Agustín García Malla.

Tratábase del ex botones del Club Guerrita, y aun cuando el debutante no alcanzó un clamoroso éxito, se le vieron maneras y, sobre todo, un valor poco corriente.

Al siguiente año, el nueve de dicho mes, José Rodríguez, Bebe-Chico, tío de este Manolete de hogaño, le dió el espaldarazo taurómico en Bélmez, categoría a la que renunció para seguir actuando como novillero.

En este aspecto compareció de nuevo en el madrileño coso, siguió actuando por provincias y se marchó a Méjico, donde permaneció las temporadas de los años veintuno y veintidós.

En España de nuevo, prosiguió su campaña novilleril, y ya en serio tomó la alternativa de manos de Rufino San Vicente, Chiquito de Begoña, en la Plaza de Toros de Carabanchel Bajo —Vista Alegre— el 23 de septiembre de 1917, con el toro Clavellino, de Coquilla, y figurando como testigo Juan Cecilio, Punteret.

De higos a brevas, continuó toreando, y el 21 de octubre entregó su alma a Dios en la capital que le vió nacer, a consecuencia de una pulmonía.

Como su antecesor en el apodo, sufría una afección a la vista, y muy desordenado en sus cosas, no brilló lo suficiente en el tauromáquico campo.

Los madrileños también tuvieron otro Manolete, novillero. Llamábase Manuel Rodríguez, tenía un gran parecido con el padre del actual y los aficionados de los Cuatro Caminos estaban entusiasmados con él.

Con este Manolete y Gregorio Garrido formó una cuadrilla juvenil madrileña el buen aficionado Pepe Carrasco, en la que figuraba como banderillero Luis Suárez Magritas.

No se daba mala maña toreando y no le faltaba el valor a la hora de matar, pero, fallecido prematuramente a consecuencia de una pertinaz dolencia, se fueron con él al otro mundo las ilusiones que tenía por ser matador de toros.

Me temo que algún lector me escriba recordándome la existencia de algún otro Manolete; pero los citados por mí en la presente ocasión son los que, como matador de toros y novillero, merecen ocuparse de ellos.

Ya saben nuestros lectores a qué atenerse en el orden de los diestros que, vistiendo el traje de lucos, ostentaron el tantas veces repetido apodo.

Este Manuel Rodríguez Sánchez que monopoliza en la actualidad el cotarro taurómico, es, por consiguiente, el V de todos ellos.

Y ya saben ustedes que aplicando al caso el dicho popular, con todos los debidos respetos a este torero, no hay quinto malo.

¡Y a fe que es extraordinario!



Enrique Rodríguez, Manolete II, también cordobés, vestido como para ser jinete de una jaca jerezana, pero montando una bicicleta recordando su época de "botones"

los autores de aquellos lejanos tiempos.

Se ha hablado también, no hace muchos días, de la sapiencia taurómica de aquel cordobés diestro, y por ello no he de reproducir aquí ahora lo que otros camaradas, con una certera visión, llevaron al teclado de sus respectivas máquinas de escribir.

Generalmente, cuando los aficionados se encuentran en presencia de un torero de punta, otros incipientes lidiadores, amparándose con el prestigio de un apodo, se le aplican seguidamente con el propósito de darse a conocer lo más rápidamente posible.

Sin citar otros casos, como prueba de mi aserto me referiré al concreto de Joselito.

¿Cuántos Joselito de menor cuantía surgieron en vida, y aun después de muerto, el gran maestro de Gelves?

Pues este es precisamente el caso que me ha movido a escribir las presentes líneas.

Otros Manolete existieron en la tauromaquia que si no llegaron a escalar las altas cumbres, no fueron tampoco completas vulgaridades.

No es, por consiguiente este, Manolete, que en la actualidad absorbe el interés de los aficionados y, como consecuencia, el de las empresas, el tercero que usó tal apodo, sino el quinto.

El tercer Manolete, que indebidamente se le aplicó los dos palitos, porque el primero lo fué el abuelo del poderdante de Camará, era también de Córdoba, se apellidaba igualmente Rodríguez y ninguna relación de parentesco le unía al tronco manoleteísta.

Conocimos y tratamos a Enrique Rodríguez, que se hacía anunciar Manolete II, y no era un indocumentado.

Había nacido en la expresada capital el año 1892 y se aficionó al toro por la razón de ser «botones» del Club Guerrita.

En esta sede del taurinismo cordobés, situada en la calle de Gondomar, Enri-

¡Aquella novia que no tuvo Reverte...!

Por M. BARBIERI - ARCHIDONA

Aquí está aquel Reverte, de ojos profundos y tufos negros, cuyos amores fueron cantados en sevillanas bullangueras que, entre repique de castañuelas y rasgueo de guitarras y revuelo de faralaes, hicieron de su novia —una novia sin nombre: «la novia de Reverte»— un personaje de leyenda.

Reverte, un torero bonito, había de tener una novia así. Y la tuvo. Novia de copla y de romance que no llegó a ser su novia, o lo fué en un entredicho de coqueta. Morena, también, también con tufos negros y negros rizos sobre el cuello de fina talla de caoba, y unos ojos lánguidos que, sin decir nada... ¡vaya si decían cosas!

Y esta novia, que acaso es la misma que canta el pueblo y acaso no lo es, puede que tuviera un pañuelo bordado de picadores y con un retrato del torero estampado en el centro de la seda celeste, pero desde luego pudo tener la culpa de un drama que hubiera decidido en sangre la vida torera del matador.

Era en una vieja ciudad española —oro afiligranado de edificios platerescos y sierpes de luna en las estrechas calles— donde Reverte, novillero, iba a ganar cartel y tronío para su próxima alternativa. ¡Ahí era nada, Reverte! Las carnes se erizaban de recordar las hazañas ciegas de aquel mozo que parecía haber hecho pacto con la Muerte. Poco se le ponía a él por delante para dejarse prendidos los alamares del pecho en la punta de navaja de un pitón. Con que... ¡si además había de conquistarse la sonrisa y la mirada, sepa Dios qué más, de una mujer bonita...! El acabóse.

Reverte paraba en una fonda donde habían alojado a su cuadrilla y a Bonarillo con la suya. Y Bonarillo era un mozo rudo, cenceño, con cara de pocos amigos y un corazón, ¡señores!, que no le cabía en el pecho...

Tenían dos corridas, en feria. La población estallaba de ruidosa alegría y las mocitas, todas las mocitas, aun las más remilgadas y modosas, envidiaban a la hija de la fondista, que podía mirar de cerca a dos toreros tan bonitos...

Mirar y ser mirada.

Aunque la madre celaba con más ojos que Argos y cualquier coqueteo era difícil, no faltaban ocasiones para poner en línea las baterías y descargar, de ojos a ojos, un fuego mortífero de insinuaciones, llevadas en vuelo por las sonrisas...

¡Válgame Dios, la niña! Las cuadrillas andaban por ella de cabeza y sin cabeza los matadores. Se sucedían las finezas, siempre a hurtadillas de la madre, y una vez que la cortejada se decidió a dar un clavel a Bonarillo, a poco tiene que suspenderse la corrida. El asunto se arregló regalándole a Reverte una rosa.

En fin. Que los dos compañeros se miraban pero no se veían y que el asunto iba tomando un mal sesgo, y las cuadrillas se iban poniendo serias, temiendo una «esaborisión».

Y la «esaborisión» pudo ocurrir en la plaza de toros, el día 25 de julio de 1891, en que Reverte y Bonarillo se jugaban un «mano a mano» escalofriante.

La hija de la posadera había prometido no faltar a aquella corrida. Y había prometido algo más... El «sí», la respuesta anhelada, ahora suspensa en una duda que se prolongaba, con regodeos de coqueta y del que estaban pendientes los dos muchachos, dependía de las faenas que ellos realizasen aquella tarde.

—El que mejor quede de vosotros dos, será mi novio...

¡Quién se hubiera atrevido a disputar una novia a Reverte! El torerito se peinó los tufos, se apretó los machos y se fué a la plaza decidido a todo.

Así marchó también Bonarillo, a quien nadie se la había ganado por la mano. Y entre los dos, sin decirse nada, se había decidido un duelo a muerte.

La mocita iba a contrabarrera con unas amigas. Todas llevaban mantones de Manila, y el de ella, que llevaba muchos años esperando una fiesta, lucía pagodas y chinitos con caras de marfil.

La corrida fué un pasmo, según cuentan reseñas de la época: «No podía hacerse más por dos diestros cerca de los toros, ni los bichos lidiados pudieron ser más nobles, al tiempo que demostraron con su bravura y su bonita lámina la procedencia de su casta».

El hecho es que los lidiadores llenaron de adornos su



Antonio Reverte

juego con la Muerte: era primero Bonarillo colocando la montera entre los cuernos del toro al rematar un quite. Era Reverte acercándose para rascarle el testuz. Bonarillo cambió un par de escalofrío. Reverte colocó otro de frente en la misma cara...

La plaza crujía. Sonaba la música, estallaban las palmas y allí estaban, en la contrabarrera, los ojos de la mujer disputada paso a paso, para decidir el triunfo «del mejor».

¡El mejor! En una inspiración desesperada, Reverte dió unos lances de capa que pusieron al público de pie, y para rematarlos, con desprecio absoluto de la vida, hincó una rodilla en tierra, de espaldas al toro, pero mirando muy fijo, con aquellos ojos relucientes y codiciosos, al lugar donde «ella» agitaba un abanico redondo de papel picado que parecía un sol.

Y de repente, un grito de pasmo, un rugido de estupor. ¿Será que el toro se arrancaba, que le prendía? No. Era que Bonarillo, casi antes de lo que se piensa, se había lanzado entre Reverte y la fiera y aprovechando el estrecho hueco que quedaba, se había tendido a la larga, sin más defensa que su valor...

También cayeron dos flores a los pies de los toreros: dos, un clavel y una rosa. Imposible elegir... el amor no sabía decidirse, como la admiración no hubiera podido aclarar cuál de ellos era «el mejor».

No se supo el nombre de esta, niña, pero acaso fué ella —heroina de un bárbaro poema de Amor y de Muerte— quien fué llevada por el pueblo a coplas de alegoría:

*La novia de Reverte
tiene un pañuelo...*

¿Quién fué la novia de Reverte? ¿Qué importa? Su novia...

Lo que importaba, era Reverte.



Un dibujo antiguo que hace referencia al episodio de Reverte y Bonarillo aludido en esta página.

VIDA Y DESVENTURA DE PACOMIO PERIBANEZ

En la Plaza de Madrid, alternando con Florentino Ballesteros, sufrió una tremenda cogida, de la que milagrosamente pudo curar después de mucho tiempo

TRANSCURRIAN los primeros días del año 1908, y en una de las tertulias taurinas del Suizo, de la capital de España, alguien que se las daba de bien enterado, aprovechando una tregua entre dos discusiones, dijo:

—¿Sabéis que en Valladolid ha surgido un fenómeno en el toreo?

—¡Bah! —exclamó uno—. Ilusiones que durarán lo que tarde en empezar la temporada...

—¡No puede ser! —doctrinó un famoso ganadero andaluz—. De Valladolid han salido escultores y tallistas, pero toreros... ¡magras!

Y sucedió que a los pocos meses los agoreros de los cenáculos se volvían ebrios de entusiasmo aplaudiendo a un mocito barbián que demostraba ante el toro que el haber nacido junto al Pisuerga no constituía un obstáculo para llegar a ser figura en el toreo.

El vallisoletano, de nombre nada taurino y de apellido medieval, desde muy niño pudo advertir que había en él una voluntad férrea que le sostenía y empujaba a través del laberinto de tanteos, probatinas y fracasos del aprendizaje.

Por aquellos tiempos Pacomio y su familia iban viviendo gracias al modesto puesto de pescado que el padre instaló en la Plaza del Mercado. Pronto el pequeño aspirante a torero empezó a abandonar sus obligaciones junto al parvo patrimonio familiar para dedicarse a la vida nómada de las capeas.

Y de regreso de la última aventura había que hurtar el bulto a la furia del padre y prometer una enmienda siempre incumplida. Al fin, el 22 de mayo de 1902, le salió en Tudela de Duero la primera contrata. Y pocos días más tarde debutaba en su ciudad natal en un festival benéfico, obteniendo un triunfo apoteósico. Para el mundillo de los aficionados de Valladolid tuvo la corrida aquella una gran trascendencia. De improviso a Pacomio le empezaron a surgir amigos y admiradores.

Pese al prestigio, cada vez en aumento, el debut de Pacomio Peribáñez en Madrid no fué una perita en dulce precisamente. Había encerrados en los chiqueros seis toros grandes, tan destartalados y con unas cornamentas tan amenazadoras, que sólo otros dos suicidas —Platerito y Punteret— se atrevieron a acompañar al debutante. Dicen las crónicas que sus lances de capa y sus faenas de muleta fueron aquella tarde toda una revelación en el toreo.

Aquel muchacho casi desconocido tenía buena figura, era valiente y parecía estar enterado de los secretos de la lidia. Desde el día de su presentación toreó muchas corridas y consolidó su cartel.

A los pocos días, y también en circunstancias nada normales, volvió a triunfar. Alternaba con Jaqueta y Carbonero en una corrida de seis de Coruche, grandotes y antediluvianos de puro viejos.

A la muerte del primero se retiró Jaqueta a la enfermería con una contusión más leve que su justificado miedo. Al toro siguiente su compañero fué a hacerle compañía, herido de grave cornada. Solo Pacomio con cinco marrajos y un montón de toreros despavoridos, levantó el tono de la aciaga corrida estando incansable, torero y eficaz toda la tarde.

Después ocurrió con Pacomio uno de esos hechos misteriosos y anómalos tan abundantes en la historia taurina. El torero sobradó de títulos y merecimientos vió cerrársele las puertas de la Plaza de Madrid, y para tomar la alternativa hubo de hacerlo en su ciudad natal, en la feria de 1910.

Y de nuevo a rodar por provincias con un nombramiento sin confirmación, viendo desmoronarse sus esperanzas. Por fin, el 25 de septiembre de 1913 pudo alcanzarla, siendo Guerrero el encargado del refrendo. Para no faltar a la costumbre, el ganado —de Sánchez Tardío— resultó muy difícil, y aun así, Pacomio reverdeció los marchitos lauros conquistados anteriormente en Madrid.

Pasaron otros dos años sin que el torero de Valladolid lograra mayores facilidades de los empresarios madrileños. Por rara casualidad, consiguió en la octava de abono de 1916 que su nombre figurase junto al de Joselito. Otro nuevo triunfo con corte de trofeos para el desterrado.

El 18 de junio se anunció una corrida extraordinaria con ganado de Olea para los dos triunfadores del año anterior: Peribáñez y Florentino Ballesteros. Pacomio,



Cogida de Pacomio Peribáñez en la Plaza de Madrid

decidido a imponerse de una vez para siempre, toreó por verónicas muy bien a su primero, al que instrumentó dos quites ceñidísimos, saliendo comprometido en uno de ellos.

Después de torzar de muleta muy cerca y muy valiente, entró a matar, colorando el estoque algo atravesado. Comprendiendo el pundonoroso diestro que la oreja ya casi conseguida se le iba de las manos, volvió a la suerte muy derecho y despacio, sin percatarse de que el toro adelantaba por el lado de la salida. Pacomio quedó prendido por el pecho y arrojado violentamente a la arena. Antes de que sus compañeros le auxiliaran, el diestro se puso en pie y sonrió forzosamente al público, como el gladiador que quiere morir con gallardía. Se llevó las manos a la herida y, soltando chorros de sangre, cayó en brazos de las asistencias.

Luchando desesperadamente con la muerte estuvieron los médicos ante aquel agotado cuerpo que, entre colapsos, parecía extinguirse. A las doce de la noche, Ballesteros, que no quiso ausentarse de la Plaza, logró cruzar con su compañero estas o parecidas palabras:

—¿Cómo te encuentras?

—Chico, muy mal —dijo fatigosamente Pacomio.

Y añadió:

—Creo que ya nada tengo que hacer en el toreo... ¡Que tengas tú mejor suerte! Y el que gemia por su juventud perdida, por su profesión truncada, por la sombra y el miedo del porvenir, sobrevivió a su desgracia y vive todavía. Florentino Ballesteros, al que todo parecía sonreírle, caía inmolado a los diez meses.

El Niño de la Palma toreó por primera vez en Ceuta y cobró treinta pesetas por matar cuatro novillos

JUAN BELMONTE le dió la alternativa en Sevilla, figurando como testigo PEPE EL ALGABEÑO

ROTA por la muerte de Joselito, sobre el ruedo de la plaza de Talavera, en aquella primavera trágica de 1920, la más noble y provechosa competencia taurina, entablada a lo largo de los años en nuestra fiesta nacional, quedó la afición huérfana de emociones a pesar de que Juan Belmonte mantuvo varias temporadas más su nombre en primera línea. Se inició entonces una etapa gris que con excepciones brillantes no se cerró hasta 1940. En esos años fueron muy pocos los toreros que lograron despertar en el ánimo de los aficionados

la pasión de los tiempos idos. Entre esos seis o siete nombres acaso el de personalidad más acusada, el que acaparó más intensamente la atención de los públicos —sin que esto signifique que otorguemos a su toreo la más alta calificación de su tiempo—, fué Cayetano Ordóñez, el Niño de la Palma. Nacido en Ronda, su estilo recordaba al de los grandes maestros de la vieja escuela que fundara Pedro Romero. Dotado de excelentes condiciones, su consagración —en 1926— hizo pensar en la resurrección de la fiesta. «Con la capa —ha escrito José María Cossío—, su repertorio era variadísimo». En una época en que el toreo discurría por cauces artificiosos, Cayetano Ordóñez se plantó en el redondel con su arte auténtico y completo. Porque el Niño de la Palma dominaba todas las suertes: con la capa dicho queda el elogio de Cossío; con las banderillas era diverso y fácil; con la muleta mostraba singular inteligencia, y en cuanto a la suerte suprema, basta decir que ha sido en los últimos tiempos el torero que en más ocasiones ha intentado la muerte recibiendo...

—Mis principios —nos dice Cayetano Ordóñez— fueron difíciles. Yo iba a los tentaderos de las ganaderías que existen en los alrededores de Los Barrios (La Línea), donde vivíamos, con el deseo de sobresalir, de destacarme entre los demás... Yo había visto, cuando tenía doce años, a Juan Belmonte en Algeciras y pensaba que *aquello* era cosa fácil. Al fin, el 14 de agosto de 1921 conseguí que me llevaran como sobresaliente a Ceuta, en una novillada de don Ramón Gallardo que iban a despachar Manuel Troyano y Antonio del Moral. Tuve la suerte de que ambos se negaran a torear y yo cargué con la muerte de los cuatro bichos. Lo hice bien y aquella tarde salí en hombros de la plaza, triunfador y contento..., a pesar de haber cobrado tan sólo treinta pesetas.

—¿Cuándo se presentó usted en Sevilla?
—En octubre de 1922... Había toreado ya en Algeciras, en San Fernando, en Málaga, en Jerez... y al fin vine a Sevilla. Un aficionado de Jerez —Pepe Caballero— habló de mí a Raimundo Blanco y éste hizo una gestión cerca de Salgueiro que dió buen resultado. También tuve mucha suerte. Salí en hombros de la Maestranza, después de cortar dos orejas y un rabo. Aquel éxito hizo el prodigio de que mi nombre se multiplicase en numerosos carteles de novilladas organizadas durante los meses de noviembre y diciembre.

—¿Cuándo tomó la alternativa?
—Al año siguiente, en Sevilla precisamente, el 11 de junio, en una corrida organizada por la Asociación de la Prensa, con toros de don Félix Suárez. Recibí el doctorado de manos de Juan Belmonte y actuó de testigo Pepe el Algabeño. Confirmé la alternativa en Madrid el 16 de julio, en corrida organizada también por la Asociación de la Prensa. Corté la oreja del segundo toro, y el público, que cuando por vez pri-



El Niño de la Palma con su hijo, que aspira a reverdecer los laureles que en los ruedos conquistó su padre

mera me presenté en el ruedo madrileño me había tratado con frialdad, se entregó sin reserva al aplauso y al elogio...

—¿Qué temporadas fueron a su juicio las mejores?

—Las comprendidas entre 1925 y 1928. Toreé un promedio de setenta corridas...

—¿Cuál fué su mejor tarde o su mejor faena?

—Mi mejor tarde la di en Valencia, en una corrida que toreé con Belmonte y Marcial Lalanda, en 1927. Se lidiaron toros de Concha y Sierra y corté orejas y rabo en los dos toros... La peor, aunque usted no me lo haya pregun-

tado, fué en Pamplona, en una corrida de las llamadas de la Prueba, durante la feria de San Miguel. Me tocó en suerte un toro de don Cándido Díaz que pesó en canal 420 kilos y con el que luché sin fortuna, hasta escuchar dos avisos...

—¿Por qué se retiró en 1928?

—Llevaba un año de casado, había nacido mi hijo Cayetano y sentía necesidad de descansar... Además, la muerte de mi padre y de don Lucio Serrano, que tanto había hecho por mi carrera, influyeron mucho en mi decisión. Perdí aquel año cuarenta corridas, y tal vez la mejor ocasión...

—¿Cuándo vistió el traje de luces por última vez?

—En Aranda de Duero, el 14 de septiembre de 1942... Desde entonces sólo he actuado en festivales benéficos... En varias ocasiones con mi hijo.

—¿A usted le agrada que su hijo sea torero?

—Yo nada hice porque lo fuera, pero tampoco me opuse a sus aficiones. Sin duda por eso mi hijo tiene una concepción de la fiesta muy distinta de la mía. De todas formas, si persiste creo que llegará a ser un buen torero. Porque lo que no admito es que se quede en esa zona media, sin brillo ni fama. O torero caro, o nada.

—¿Cuántas cogidas sufrió usted?

—Nueve. Las más graves en Jaén y Toledo.

—¿Qué torero cree usted que ha sido el mejor de todos los tiempos?

—Yo no vi nunca a Joselito. Creo que él y Juan Belmonte marcaron la más elevada cumbre del toreo moderno. Grandes también fueron Marcial Lalanda y Gitanillo de Triana... ¡Cómo toreaba con la capa Curro Puya!

—¿Cuántas temporadas actuó usted en plazas americanas?

—Seis... He ido tres años a Méjico, dos a Venezuela, uno a Perú y otro a Colombia.

Hay una pausa en la conversación, mientras el hijo de Cayetano nos enseña unas fotos que recogen diversos momentos de sus primeras andanzas por los ruedos de España. Y como en una pared de la estancia en que nos hallamos asoma su cabeza Manchego, el novillo al que Cayetanito cortó la oreja el día de su presentación en la Maestranza, la charla recae sobre el recuerdo de esa tarde, en que el éxito del hijo de Cayetano fué completo.

—¿Qué fué —le preguntamos al Niño de la Palma— lo que aquella tarde le gustó más de la faena de su hijo?

—La faena de muleta... Creo que al público le ocurrió lo mismo... Aunque si he de serle sincero, lo que más me emocionó aquel día fué la ovación que el público me tributó al descubrirme en lo alto del gradierío. Sobre todo porque esos aplausos tenían su origen en el éxito de mi hijo...

FRANCISCO NARBONA

(Fots. Luis Arenas)





Alvaro Domecq estrecha la mano a uno de los niños acogidos en el Oratorio "Domingo Savio"

Alvaro Domecq ha escrito un libro, «El toreo a caballo», en el que resume sus experiencias de diez años de actuación. En breve será entregado a la imprenta y los beneficios que obtenga de su venta —¿cómo podría ser de otra manera?— serán destinados a otro ambicioso propósito de caridad social: fundar, construir escuelas en el campo gaditano, en las dehesas y cortijos que esmaltan de color y belleza los horizontes cuajados de cepas y olivos de Casas Viejas, Vejer, Jandilla... El mismo y noble destino que tendrán los honorarios de las futuras actuaciones en plaza del primer rejoneador español.

TORERO DESDE QUE ERA UN CHAVAILLO

«La charla con Alvaro Domecq, con este aristócrata español todo corazón, abierto siempre a la caridad en la generosa proporción que revela ese donativo de medio millón de pesetas a las obras del Oratorio Festivo «Domingo Savio», de Jerez de la Frontera, ganado con el sacrificio de su comodidad, salta de un tema a otro. Discurre primero por los tiempos de sus primeros anhelos toreriles. Es torero desde que era un chavalillo de catorce años, cuando aún estudiaba en el colegio de los Padres Jesuitas de Chamartín de la Rosa. Por entonces, con una garrochilla hecha a la medida de sus escasas fuerzas, montando una yegua pia en alazana, derriba su primer becerro. A partir de ese momento, los caballos, los toros bravos, el acoso, el derribar reses bravas en campo abierto, son su afición.

Actúa por primera vez en público en un festival en 1935, sustituyendo a una rejoneadora. Alvaro Domecq lo recuerda con cierto rubor. Pese a las palmas que le tocaron cree que no estuvo bien. Y desde ese día, perdido el miedo a los públicos, actúa una y otra vez en festivales y en el campo, dominando cada vez más y más todas las suertes del toreo a caballo.

EL RUEDO solicita la CRUZ DE BENEFICENCIA para Alvaro Domecq por su humanitaria y constante labor en pro de los niños desamparados

Llega la guerra de liberación y Domecq se incorpora primero a un batallón de Caballería, para hacerse más tarde, en 1937, piloto de aviación, en cuyo servicio continúa hasta el final victorioso de las armas de Franco. Licenciado del Ejército, Domecq vuelve a su afición torera, que simultanea con la dirección de las faenas agrícolas en sus cortijos. Se casa, y su primera actuación en esta segunda época es en Tetuán, en un festival del Ejército.

Domecq va desde Jerez y regresa en avioneta, inmediatamente después de cumplir su compromiso. Y es que en ese día, en esas horas de la corrida, le nacia su primer hijo...

A partir de esa fecha, Alvaro Domecq pierde la cuenta de las corridas y festivales en que ha actuado.

CASI SESENTA CORRIDAS EN LA TEMPORADA ULTIMA

Y llega la temporada de 1944. El Padre Torres Silva le pide su ayuda para concluir su benéfica obra. «¿Cuánto necesita para acabarla?» —pregunta el aristócrata—. «Yo creo que con medio millón de pesetas...» —responde el sacerdote—. «Yo las ganaré toreando». Y Domecq se lanza a los ruedos arrojando la maledicencia, enfrentándose con los públicos, abandonando su comodidad y sus intereses, en pro de este ambicioso y elevado fin benéfico de proporcionar al Oratorio los dineros que precisa para poder acoger en su seno y hacer hombres útiles a unos pequeñuelos de vivir miserable, destinados a ser, por el ambiente en que habían de crecer y desarrollarse, unos desgraciados ladronzuelos o carne de presidio. Cerca de sesenta corridas. Todos los honorarios —descontados gastos de cuadrilla y desplazamientos de las monturas— van a parar a manos del Padre Torres Silva. Las obras siguen, y un día, ya no lejano, habrán concluido. Los últimos treinta mil duros hasta completar el medio millón de pesetas, casi casi han de ser puestos por el bienhechor aristócrata de su propio bolsillo.

Le preguntamos, tras conocer el resumen victorioso de su arte —30 orejas de sus toros, 28 muertos a rejón, 17 a pie y el resto por el sobresaliente de espada— si es verdad que no va a torear más.

—No con la misma intensidad.

—Entonces...

—Cumplido mi compromiso moral de conseguir el medio millón de pesetas ofrecido al Padre Torres Silva, en el futuro no quiero torear más que diez o doce corridas a la temporada, y éstas por puro compromiso.

—Y los beneficios...

—Mis honorarios irán íntegros a sufragar los gastos de construcción de escuelas para los campesinos y sus hijos en los campos de Vejer, Casas Viejas, Jandilla, donde ya he comenzado alguna de estas obras.

«EL ARTE DE TOREAR A CABALLO»

Domecq nos habla entusiasmado de estas escuelas, de los beneficios culturales y cristianos que proporciona a los braceros del campo. Con 15.000 pesetas se levantan unas pequeñas edificaciones y se dotan del material escolar imprescindible a estas modestas aulas. No es preciso que sean mayores. Hay que desperdigarlas mucho para facilitar su acceso a los escolares, evitándose las largas distancias. Espera que los Ministerios de Educación Nacional y Trabajo le presten su valiosa cooperación para lograr que esta obra alcance su máximo desarrollo.

Es ahora cuando nos revela que tiene escrito un libro que piensa editar y destinar el producto de su venta a estas escuelas. Un libro sobre el toreo a caballo. Lo ha escrito en Jandilla en un par de semanas. Tenía reunidas muchas notas y, al concluir la temporada, en los quince días que se tomó para descansar, lo ha terminado de escribir, animado con la idea de hacer más y más escuelas. Siempre con la misma obsesión caritativa. Cuando se lo decimos, nos ataja quitándole importancia y que no hace más que seguir los derroteros que le enseñara su padre: hacer la caridad siempre, sin descanso.

«EL RUEDO» PIDE LA CRUZ DE BENEFICENCIA PARA ESTE GRAN SEÑOR Y GRAN CRISTIANO

Cuando, concluida nuestra charla, nos separamos de Domecq, vamos pensando en que acabamos de dejar a un gran señor español. Indudablemente, viéndole rodeado de las facilidades que proporciona una gran fortuna, con un hogar bendecido por Dios, hay que ser muy gran señor español, muy gran cristiano, para lanzarse por esos ruedos, vistiendo la chaquetilla corta y los zafones, montando una jaca jerezana, a arrostrar las muchedumbres que llenan las plazas de toros, a desafiar el peligro que entraña la pelea con el toro bravo, a sufrir los sinsabores de la maledicencia pública. Y todo ello sin necesidad ni imposición alguna. Por propia voluntad. Para allegar con su sacrificio unos dineros con los que levantar una obra misionera en el centro geográfico de la gallofa y la truhancría gitana de Jerez de la Frontera. Indudablemente, hay que ser muy gran señor y muy gran cristiano.

EL RUEDO, con todo el prestigio de su constante labor en pro de la fiesta nacional, se permite lanzar la idea siguiente: Que por las autoridades que correspondan se le conceda a don Alvaro Domecq la Cruz de Beneficencia. Creemos que la ha ganado muy sobradamente. No será sólo una honorífica concesión a este aristócrata español, benefactor de las clases humildes, sino una bien ganada y justa compensación por sus desvelos, por sus sinsabores y por su gallarda actuación en pro de las clases humildes de su Patria chica y de todas las obras benéficas que le han pedido siempre su concurso impar.

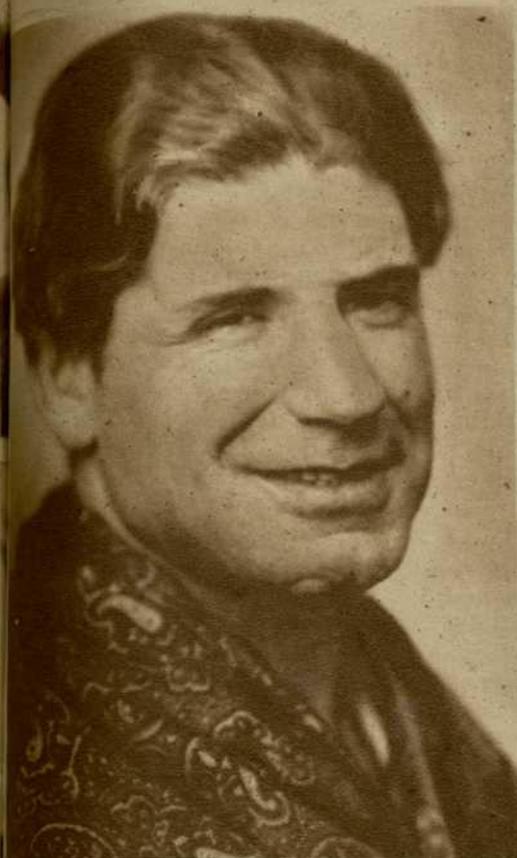
Esta es la mejor «faena» de Alvaro Domecq: recoger el agradecimiento de la chiquillería que él protege a fuerza de riesgo en el constante peligro de las Plazas



**AFICIONADOS DE
CATEGORIA Y CON
SOLERA**

García Sanchiz

**fué cronista de la competencia
entre JOSELITO y BELMONTE
LOS TOROS VISTOS DESDE LA BARRERA**



YA hacía tiempo que no hablaba yo con Federico García Sanchiz. Don Federico debía decir, por el respeto que da la distancia en la mayor edad y sobre todo en el mayor saber, hablar y escribir. Pero no sé yo si a él le gusta que le llamen don Federico. Tiene ya las canas de la madurez, de esa madurez sin artificios y sin trampas, a la que él ha llegado naturalmente, por sus pasos contados, en ese ascenso sin brusquedades del hombre que se lo debe todo a sí mismo. Ya es don Federico, aunque a él le pese que se lo llamen determinadas personas:

—¡Don Federico! Esta es la mejor prueba, amigo, de que uno se va haciendo viejo, viejo...

Y hay una luz brillante en sus ojos vivos y penetrantes. Una luz de esa inmarchitable juventud que, pese a sus cabellos hoy blancos, ayer mismo todavía negros, tiene ¿Federico? ¿Don Federico? García Sanchiz.

Federico para él, don Federico para nosotros, he aquí a García Sanchiz en un sillón del Casino de Madrid, con su eterno cigarro habano en los dedos, con su fácil palabra difícil de apresar para el reportero, porque la metáfora y la frase, la

imagen y el concepto, pasan sin detenerse, una tras otra, y apenas ha tenido uno tiempo de apuntalar con el pico de la pluma la mariposa de las bellas palabras cuando ya está otra mariposa volando, volando...

PARA EL PUBLICO Y SIN PUBLICO

—Querido amigo: ¿Qué es lo que quiere usted de mí? ¿Se trata de hablar de toros? Realmente, éste es un tema interesante, pero demasiado amplio para que lo podamos sintetizar en las breves dimensiones de una entrevista periodística. De todos modos, pregunte, pregunte lo que quiera...

Estoy yo a punto de lanzar la primera interrogación de mi Ripalda particular; pero García Sanchiz no me da tiempo y ya rara vez tendré ocasión de colarme en esta auténtica charla que hace sin público para el público de EL RUEDO.

—La verdad es que yo fui un aficionado un poco tardío, puesto que no empecé a interesarme en la práctica por la fiesta de toros hasta la época de Joselito y Belmonte. En teoría, es decir, desde la parte de afuera del ruedo, sí que estaba yo metido en el espectáculo taurino e incluso conocía a algunos toreros. Recuerdo que una vez en que se trataba de allegar fondos para determinada obra benéfica y como recurrieran a mí, yo propuse que el Guerra, ya minado, torease dos novillos. El Guerra aceptó. Dijo que él no tenía inconveniente en torearlos, siempre que yo no tuviera inconveniente en matarlos, y, claro, no hubo festival... En mi infancia yo no pude ir a los toros; nací pobre y tuve tres causas para no asistir en aquella época de mi niñez y aun después, durante mi adolescencia, a las corridas de toros: una, la mencionada pobreza, o si no quiere usted emplear palabra tan triste, la modestia económica en que se desenvolvía mi hogar; otra, la de que mi padre era enemigo acérrimo de la fiesta taurina, y la tercera y quizá la más importante, es que en aquellos años yo me dedicaba a estudiar con verdadera hambre de saber y era eso que los estudiantes llaman un empollón.

SANCHIZ, CRONISTA TAURINO

—En Madrid es donde se empezaron a ofrecer ante mi vista de provinciano ansioso de horizonte y de paisaje todos los aspectos y todos los motivos que ya había antes adivinado en mi Valencia natal. Aquí, en Madrid, empecé a frecuentar los espectáculos, crucé mis primeras conversaciones con muchachas, frecuenté el Ateneo y traté a toreros y bailarinas. En este punto llegó la competencia de Belmonte y José, y he aquí cómo yo, escritor de otras disciplinas y otros temas, me hice cronista taurino.

—Eso fué en el A B C, ¿verdad?

—Sí, sí; mis crónicas, desde un punto de vista técnico taurino, creo que no eran perfectas, porque desde luego yo huía de eso que se llama la reseña. A veces mi trabajo giraba alrededor de un palco que me había llamado la aten-

ción durante la corrida, o del traje de luces que llevaba uno de los espadas. Hice las crónicas de las competencias... Y ahí acabó de momento mi historia taurina con visión que pudiéramos llamar directa. Por el mismo tiempo me hice amigo de Chacón y de la «Argentina» y llegué a saber del toro, del cante y del baile lo que poca gente sabía. Pero, después, estuve veinte años por el mundo, los toros estaban fuera de mi vista, pero dentro de mi pensamiento, y ello era obligado, porque a todos los sitios a donde iba «el pobrecito hablador» me pedían siempre conferencias sobre nuestra segunda fiesta nacional.

—¿Cómo ha dicho usted?

—He dicho segunda porque, a mi juicio, el primer espectáculo nacional no son los toros, sino el teatro antiguo, inseparable de España.

LOS TOROS DESDE EL CALLEJON

—¿Y cuándo entabla usted de nuevo contacto con ésta para usted segunda fiesta nacional?

—Pues bien recientemente. Vuelvo a ir a los toros con la aparición de Manolete. Pero vuelvo a ser un espectador un poco especial. Ya ve usted, en las ferias de Zaragoza quise realizar la experiencia de ver los toros desde el callejón. Me interesaba sobre todo ver a los toreros en ese trance supremo de dar muerte al cornúpeto. Y pude hacer observaciones muy curiosas. Vi al espada que en el trance supremo cambia de expresión y todo se descompone en él hasta hacer su propia caricatura. Esto lo observé en todos los matadores, menos en Manolete.

—¿Entonces, Manolete es inmutable?

—Manolete, a la hora de matar, se pone un poco colorado y en esto es en lo que se le nota que también él es humano.

—¿Es usted amigo de toreros?

—Sí; soy amigo de Manolete, que como persona es discreto, encantador, agradable; tengo gran afecto por Ortega, quien me parece un caso simpatísimos, aparte de que considero su toreo como algo especial y personalísimo; tengo afecto paternal por los chicos de Bienvenida, y en particular por Antoñito, porque Antoñito me recuerda a mi chico...

Al hijo aquél que García Sanchiz dió a la Patria en el hundimiento del Balears.

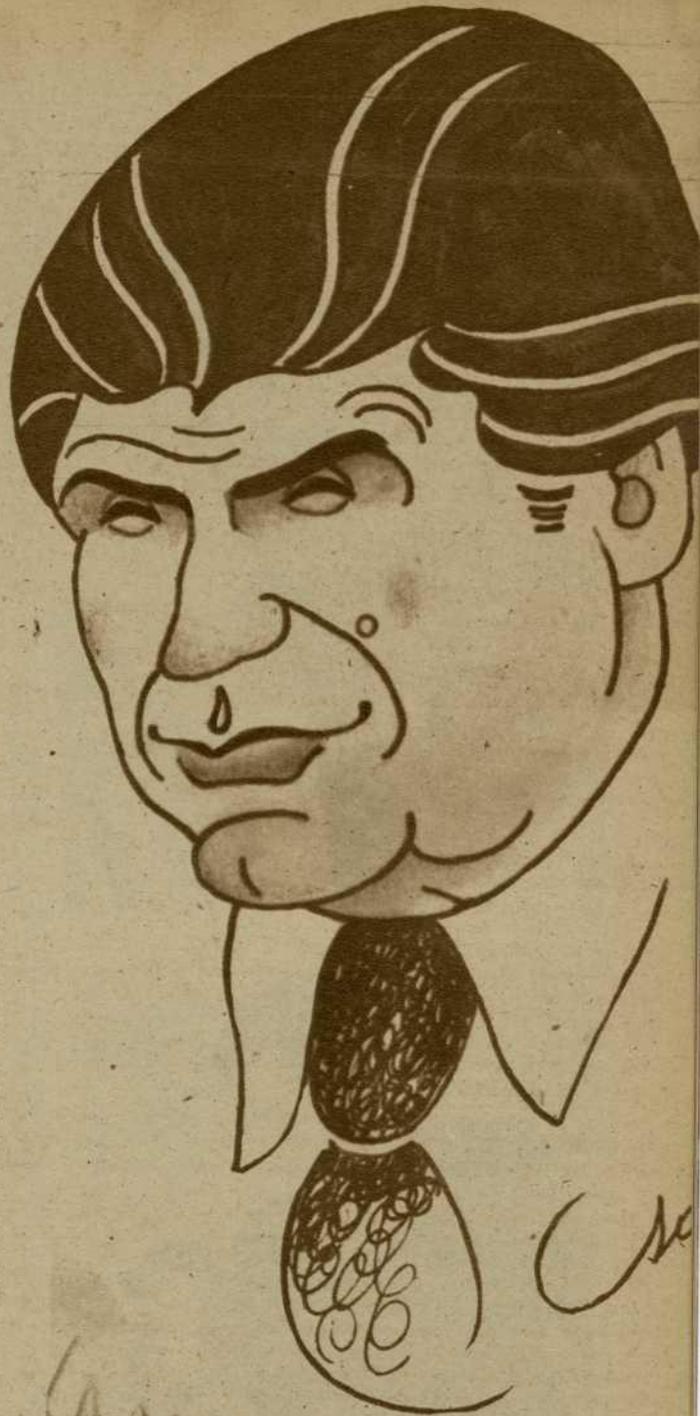
EL GUION QUE NO VA A HACER

—Como torero, Manolete me recuerda al «Greco»; tiene sus mismos tonos, sus sienes, sus ojos contundentes, su mismo estilo ciánico. Si en la luna se toreara, se torearía como lo hace Manolete. El es el inventor y su invento se irá poniendo al alcance de todos. Admiro la elegancia de Antoñito Bienvenida, la alegría de Pepote, este torero sobrado que me recuerda al Bomba; la técnica de Ortega, que le hace dominarlo todo con una aparente facilidad.

Ahora le preguntamos a García Sanchiz por el guión de la película que va a hacer Manolete y que, según nuestras noticias, se le había encargado al ilustre charlista.

—Efectivamente, tenía yo el encargo de hacer ese guión, pero he desistido de realizarlo. El director tiene un punto de vista, que yo respeto; pero yo tengo el mío y vemos la película de un modo diferente. Yo, desde mi españolismo acendrado, él... Además, me he asomado al mundo del cine, y creo que me sería difícil amoldarme a él...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Charla de fin de temporada

**"Nunca opuse veto alguno a compañeros ni a ganaderías"
"Con la llegada de los mejicanos, se ha acabado en España el toreo cómodo"**



DECORACIÓN detonante de salón de té, café y bar, todo en una pieza. En las minúsculas mesas, «cock-tails», «Kirschs», «Pernots» y «Whiskys», desplazando a los olorosos vinos de España.

Junto al artesonado, la orquesta se desorbita en un endiablado ritmo de «fox». Arrinconados tras una vidriera, mi acompañante —esta vez Morenito de Talavera— y yo contemplamos cómo la llovizna y el gélido viento hacen apresurar el paso a los escasos viandantes.

El estrépito de la música, más «hot» que nunca, nos hace enmudecer en espera de que se haga un claro en la horripilante tempestad de semicorcheas.

—¿Quedamos en que no es usted supersticioso? — me apresuro a decir cuando se hace la calma en el salón.

—No, aunque una vez estuve a punto de dejarme arrastrar por algo que se le parecía mucho.

—¿A qué fué debido?

—Verá usted. Dos días antes de una corrida que había de verificarse en Madrid, recibí una carta anónima en la que se me pronosticaba mi muerte por un toro lucero...

—¿Que usted tomaría a broma, naturalmente?

—Al principio no di importancia alguna al augurio. Horas antes de la corrida y hallándome en un café, se presentaron el Pifa y Alpargaterito, de regreso del sorteo.

—¿Qué contáis? —les pregunté.

—Maestro —dijo uno de ellos—. ¡Vaya un toro precioso y de buena estampa que le ha *tocao!*

Y remachó su compañero:

—Sí señor. Un toro muy bonito, «lucero» por más señas.

—¿Lucero has dicho? —pregunté un tanto sobre-

saltado—. ¿Y cuántos hay de estas características?

—El que nos ha tocado a nosotros, nada más. ¡Y que nos les hacía *tilin* a los otros, ni *ná!* Pero esta vez la suerte nos ha favorecido. ¡Ya verá usted qué delicia de animal!

Debí mirar a mis banderilleros tan iracundo y descompuesto, que ambos cortaron en seco los piropos al dichoso «lucero». No quiero ocultarle que salí al ruedo esclavizado por un anhelo irracional de sustraerme al Destino. Aquella tarde alternaba con La Serna y Pedro Barrera. Salió el toro de los negros augurios, y como viera en seguida su noble y magnífico estilo de acometer, allí se quedaron mis atormentadas preocupaciones. Lo toreadé a mi gusto, hasta el punto de que la gente pedía la oreja antes de entrarle a matar. Para propio escarmiento, mandé diseear la cabeza y en casa la tengo con una leyenda que reza: «Esta vez vencí yo».

—¿Que pueda usted seguir poniendo muchos lemas como éste!

Emiliano queda en silencio, sin duda evocando la efemérides que acaba de narrar y por mi parte vacilo en preguntarle a este torero las causas por las cuales ha experimentado una disminución de cuarenta corridas en relación con la temporada anterior.

Morenito sale al paso de mi perplejidad y se encarga de facilitarme el trabajo diciéndome:

—Mala temporada para mí, esta de 1944. En sus albores, causas heterogéneas vinieron a hacer disminuir el íntimo fervor con que hasta entonces había toreado.

—¿Quiere explicarme la causa de esos imponderables?

—Como botón de muestra, ahí va el siguiente: Intervine en la feria sevillana de 1943, en dos corridas a base de ganado de Veragua y Saltillo y en ambas corté orejas.

—Este éxito le facilitaría el acceso a la feria siguiente si seguimos la más elemental de las lógicas.

—Eso creía yo, y cuál sería mi sorpresa al comprobar se prescindía de mi nombre al confeccionar los carteles.

—¡Y eso qué bien ha demostrado usted pechar con toda clase de ganado...!

—Nunca opuse veto alguno a compañeros ni a ganaderías. Mis únicas discusiones con algún empresario han versado sobre la cuantía de los honorarios que a la hora de pagar pretendía que yo aceptara.

—¿Su mejor tarde de la última campaña?

—En una corrida de la feria de Antequera. Corté orejas y rabos a los dos toros de Flores de Albarrán que me tocaron en suerte. Para mi gusto, estuve mejor en Talavera, aunque perdiera la oreja a la hora de entrar a matar.



Morenito de Talavera en su charla para EL RÚEDO



Emiliano de la Casa, en su despacho, firma un autógrafo de los muchos que le solicitan

Morenito de Talavera habla para EL RUEDO

**"Estoy dispuesto a reconquistar el lugar que tenía en 1942"
"No pueden existir competencias artísticas con el toreo español"**

—Respecto a la tarde contraria, ¿donde tuvo lugar la más aciaga?

—La del 10 de abril, en Barcelona. El ganado de Manolo Romero lidiado aquella tarde, resultó difícil y peligroso en demasía. De salida, el primero cogió al Pifa y le infirió una cornada de consideración. Acababa de avisar a mis compañeros —Domingo Dominguín y Manolo Escudero— sobre las intenciones del pajarraco, cuando Domingo cogido al iniciar su quite. A poco fué a la enfermería un espontáneo, y si no andamos precavidos el torito puede con todos nosotros. Por si fuera poco, el cuarto de la tarde me cogió al entrar a matar, recibiendo un puntazo en la mandíbula, y desgarros de parte del velo del paladar y pérdida de varios dientes.

—¿Influye el cambio de estado en el ánimo de los toreros?

—Mentiría si dijera que no. Suele suceder, o por lo menos a mí me ha ocurrido al principio de mi vida matrimonial, que está uno toreando con la mejor buena fe y de repente se ve asaltado por un resaliento poco menos que invencible. Es la pugna entre dos deberes que tiran por opuestos derroteros.

—¿Con qué espíritu se dispone usted a iniciar la futura temporada?

—Creo estar dispuesto como nunca para reconquistar el puesto que llegué a conseguir en 1942.

—Eso está bien dicho, Emiliano.

—Para conseguirlo pondré un ánimo y un coraje idénticos a los que sentía cuando supe haberme un sitio en la profesión. Empezaré por no descuidar mi entrenamiento y a tal fin, una vez concluidas las fiestas navideñas, me trasladaré a las dehesas salmantinas para empalmarlas luego en las de Andalucía.

—Para llegar al lucimiento, ¿qué clase de toros le agradan más?

—Para mí, lo fundamental es que el ganado empuje. Si además de esto tiene trapío y respeto de torero, pues miel sobre hojuelas.

—¿Tiene importancia para usted el estilo que hemos llamado en denominación hacer la estación?

—Una importancia muy relativa, ya que cualquier principiante es capaz de imitarlo a la perfección. Yo mismo podría presentarle algunos de mis tiempos de novillero, en los que estoy imitando los postes del sembrado. Otra cosa muy distinta es llegar a dominar a los toros, por lo que soy resabiado que me da.

—Vamos ahora a otro tema. ¿Cree que la arribada de las estrellas tauromáxicas de Méjico servirá para arrinconar

a muchos toreros españoles?

—Como quiera que la novedad siempre constituye un incentivo para las multitudes, es innegable que los colegas de Méjico restarán puestos e incluso sucederá que el toreo cómodo se habrá acabado en España. Ahora bien, no soy de los que creen exista una verdadera competencia artística entre el toreo español y el de otros países, por estar el primero a muchos codos de distancia sobre todos los demás.

—¿Cómo podría probarse su aserto?

—¿Para qué recurrir a mí, si son los mismos diestros mejicanos los primeros en desear vestirse de toreros en España, para revalidar aquí los triunfos conseguidos en su país? Y es que durante muchos años será la Plaza Monumental de Madrid la que haga y deshaga a los fenómenos.

—¿Le hubiera a usted agrado ir este año a América?

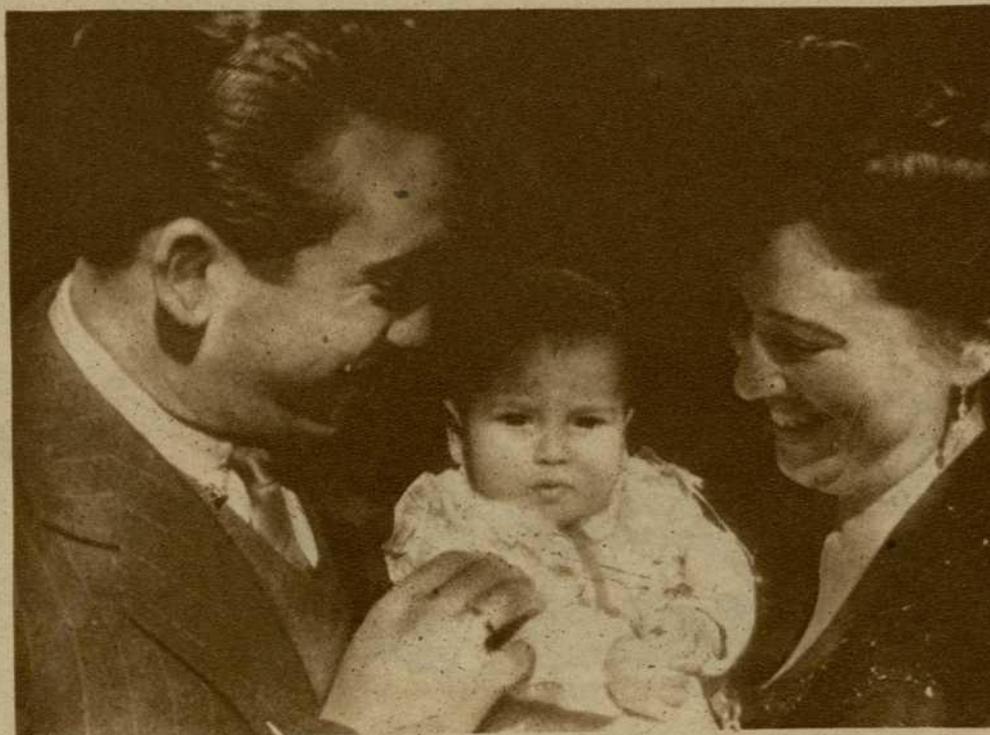
—Tuve arreglado un contrato para Venezuela, pero a última hora el nacimiento de mi hija hizo que me desanimara en mis primitivos propósitos.

—¿En qué Plaza torea más a gusto?

—En la de Madrid, sin duda alguna. Tendré o no suerte, estaré o no lucido; pero siempre salgo en ella dispuesto a dar la pelea y a arrimarme. Luego...

No sé lo que Emiliano de la Casa querría decirme, pues sus palabras quedan ahogadas por el estruendo musical desatado de nuevo y que por su furia apocalíptica parece acabar o por «k. o.» de los músicos o con la huida de la clientela. Nosotros, por lo pronto, optamos prudentemente por batirnos en franca retirada.

F. MENDO



Padre feliz, con su esposa y su hija, Morenito de Talavera consagrado a su hogar



Tres momentos de Morenito de Talavera, vistos por nuestro fotógrafo Manzano

TEMAS TAURINOS

¡Ya son muchas estocadas!



DECÍAMOS ayer... —y los manes de fray Luis nos perdonen el presuntuoso plagio—, decíamos ayer que de las heridas que se infieren al toro con el estoque podía afirmarse que

eran: pinchazo en hueso, pinchazo sin soltar, estocada desprendida, descolgada, caída, baja, contraria, sobrada, delantera, trasera, ida, tendenciosa, atravesada, tendida, perpendicular, pescuecera, y que participan de dos, tres o más condiciones a la vez.

Pinchazo en hueso: con enunciarlo se define. Si se pinchó en lo alto, loor para el torero, que no tuvo culpa de no profundizar el estoque; si el hueso se encontró en otro sitio, censuras para el torero que no apuntó bien.

Pinchazo sin soltar: generalmente, cuando se pincha en hueso, por efecto del contronazo y la presión del pomo del estoque en la mano, se abre ésta y se suelta el acero; pero en ocasiones el matador, al pinchar en mal sitio, y no en hueso, tira del acero para que no entre y sea una mala estocada, y como se lleva el arma y no la suelta se dice que pinchó sin soltar.

Estocada desprendida: algunos tratadistas, los más, llaman desprendida, y así la confunden con la descolgada, a la estocada que entrando alta no está en la misma cruz, sino en los márgenes de ella, tendiendo a irse hacia un lado por el filo del acero y por el peso del puño; pero yo, atendiendo a la lógica, sin pretender innovar nada, llamo desprendida a la estocada que no se ajusta bien porque la herida sea más ancha que el acero y así el estoque queda más clavado, y puede caerse o ser fácilmente «escupido» por el toro.

Estocada descolgada: descrita en el párrafo anterior.

Estocada caída: la que está al lado de la cruz, al lado derecho se entiende, sin que la separación sea tan grande —tres o cuatro centímetros— que pueda llamarse baja.

Estocada baja: la que es más que caída, como acaba de explicarse.

Estocada contraria: la caída o baja hacia el lado izquierdo, esto es, hacia el lado contrario de la salida del matador.

Estocada sobrada: la contraria que entró más atrás de la cruz, de lo que se colige que el matador se hartó de toro, «se sobró».

Estocada delantera: delante de la cruz, cuando no está en el pescuezo.

Estocada trasera: detrás de la cruz.

Estocada ida: de esta estocada dicen los tratadistas antiguos que es la que entrando alta toma la dirección de cortar la herradura. No entiendo la definición. Ya dije en mi crónica anterior cómo la clasificación que se refiere a cortar la herradura me parecía absurda. Creo que debe llamarse ida la estocada que entrando por la cruz se desvía ligeramente de izquierda a derecha del toro, del plano vertical.

Estocada tendenciosa: lo mismo que la estocada ida; pero en dirección opuesta, desviada de la derecha a la izquierda del animal, con tendencia a atravesar.

Estocada atravesada: se define con sólo enunciarla. Puede estar atravesada en sentido con-



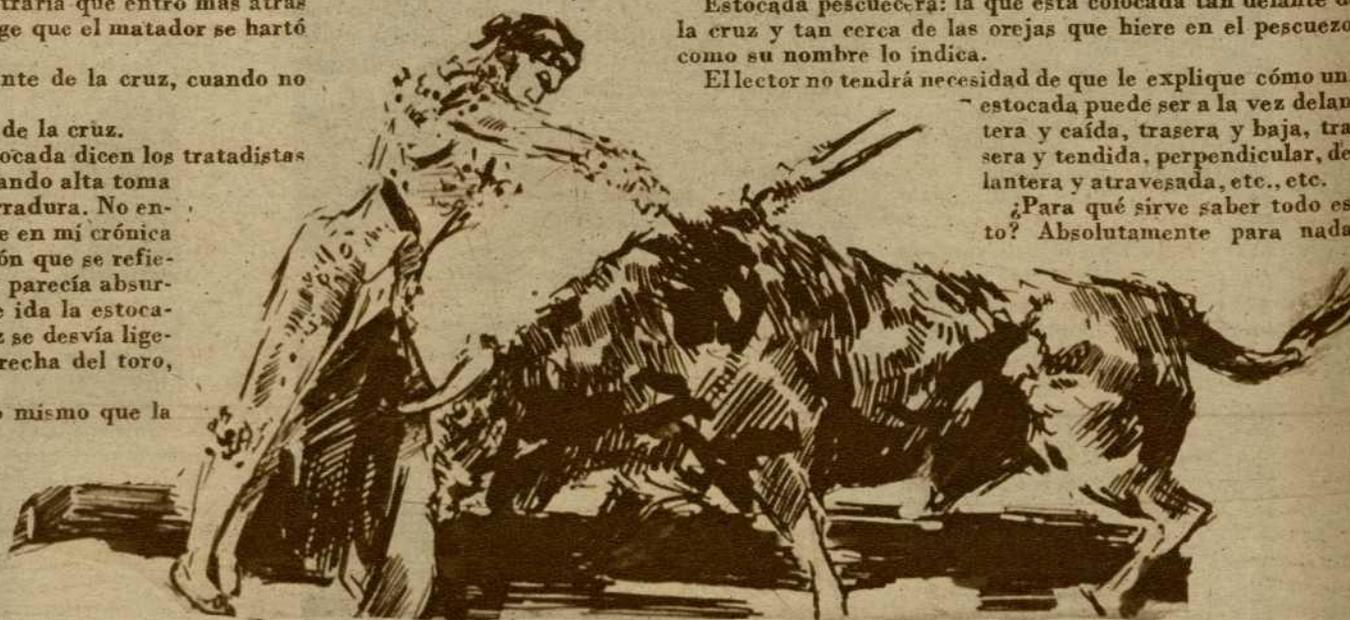
trario a la salida; es decir, de izquierda a derecha del toro, y eso prueba que el diestro o se enhiló por valentía sobre el pitón contrario y no mejoró en el embroque su terreno —estoy atravesando de la estocada atravesada en sentido contrario—, o que para disimular la huida y asegurarse un buen resultado estiró demasiado el brazo e hirió de fuera a adentro, de derecha a izquierda.

Estocada tendida: aquella en que el acero forma con la línea del lomo del toro un ángulo menor de cuarenta y cinco grados.

Estocada perpendicular: se llama impropriamente así aquella en que el acero forma con el lomo del toro un ángulo mayor de los cuarenta y cinco grados, aunque no llegue a los noventa, que es cuando sería exactamente perpendicular.

Estocada pescuecera: la que está colocada tan delante de la cruz y tan cerca de las orejas que hiere en el pescuezo, como su nombre lo indica.

El lector no tendrá necesidad de que le explique cómo una estocada puede ser a la vez delantera y caída, trasera y baja, trasera y tendida, perpendicular, delantera y atravesada, etc., etc. ¿Para qué sirve saber todo esto? Absolutamente para nada.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

TRES ESTUDIANTES EN SALAMANCA



A ellos les sonó en los oídos, sin duda, aquel refrán que dice: «El que quiera saber, que vaya a Salamanca». Y hasta la ciudad del Tormes, por tres caminos distintos, con sus caras aniñadas y sus pujos de hombrecito, fueron, uno a uno, llegando Manolito Granero (Maoliyo), Jiménez —el niño Chicuelo— y Juan Luis de la Rosa, para «matricularse» en una escuela que pomposamente llevaba el sobrenombre de «Universidad taurómaca».

Pero ellos ya saben de estas cosas. Tienen el convencimiento de su valor y de su arte, y por eso —aun se llevaba entonces— se han dejado crecer la coleta. Porque ya el niño Chicuelo ha revolucionado, con su gracia especial, el «cotarros», y ha salido sobre los hombros de un público atónito ante la revelación de una donosura y una repajolera sal que más tarde ni nunca ha podido ser copiada siquiera. Juan Luis de la Rosa —un año mayor que los otros dos— ha podido ya demostrar sus enormes posibilidades, delante de los cuernos de un toro que se mecía en el lento abaniqueo —por aquí, toro; por allí, toro— de su extraordinario pase natural. Y Granero... Lo del valenciano ya es otra

cuestión. Nadie cree en este pequeño violinista. Más de un entendido le ha recomendado su vuelta a las corcheas; pero él no quiere sino la melodía de unas lentas verónicas, el allegro de unos afarolados y el galop final de una estocada con su apoteosis de vueltas y saludos. El —¡qué le importa lo que los demás piensen!— está tan seguro de sí mismo que no continuaría por el camino emprendido si éste hubiera de conducirle tan sólo a ese anónimo montón de toreros de café y pueblo.

De ahí que los tres se den ya su importancia y presenten al objetivo ese aire grave de persona enterada, y que se precien de abrocharse el cuello de la camisa sin corbata —porque es más taurino—, se calcen con apretadas botas y en vez de retratarse junto al eterno banco de piedra de las galerías de entonces, hayan pedido un velador y unos vasos que les sitúen dentro del ambiente de «colma», que es más flamenco y que ellos creen que les va mejor. Y que muy serios, muy ya en maestros, hayan adoptado posturas que pensaron definitivas. Y si no, ahí está Juan Luis con su gorrilla y el pañuelo de seda asomándole, junto al cuello, por la chaqueta, con una pierna montada sobre la otra, el busto echado hacia atrás y la mirada un poco perdida, dándole, en fin, toda la prestancia y suficiencia posible a su simpática figura de maletilla. Y Maoliyo Chicuelo, más modosito, pero también presumiendo lo suyo, que se ha puesto delante, a la altura de Juan

Luis, para entre los dos formar una barrera defensiva a la fina figurilla del valenciano, en quien nadie cree hoy y en el que más tarde verán, los mismos que le niegan, al heredero del puesto que hubo de dejar vacante Joselito.

Y, en fin, ahí está ese cartel en agraz para los empresarios avisados. Este es el momento de contratarlos, porque después ni ellos mismos han de saber lo que valen. Junto a ese velador se están incubando la imponderable gracia de la chicuelina y la sin par prestancia del pase de la firma. Aun no presume Chicuelo —ni en sus sueños de aplausos y vueltas y más vueltas y orejas y más orejas— la faena que hubo de hacerle en Madrid al toro Corchaito. Ni el tierno violinista presente a Pocapena —¡aquel quinto toro de mal nombre!—, que había de segar en flor su triunfal carrera por los ruedos de España. Ni Juan Luis de la Rosa piensa en que las más autorizadas plumas taurinas se han de mover y remover a impulsos de su genial muleta. Es, pues, señores empresarios, el momento de firmarles contratos.

Vengan, pues, los de las ferias, que hoy, todavía, «cuestan» poco dinero.



Mañana hace cien años que nació FRASCUELO

Con LAGARTIJO constituyó toda una época del toreo

En Churriana, el 21 de diciembre de 1844

MAÑANA, 21 de diciembre de 1944, hará cien años que en Churriana —que da su nombre a la extensa y fértil vega granadina— nació uno de los verdaderos colosos del toreo. Su nombre, Salvador Sánchez, Frascuelo. De él, como de Lagartijo, se ha hablado, se habla y se hablará tanto con sobrada razón que, desgraciadamente, tan constante evocación los ha convertido casi en tópicos.

Hay aún bastantes afiejonados con vida de cuantos les vieron actuar electrizados, ejecutando su arriesgada y artística profesión. Pero formamos una multitud los que personalmente no los conocimos por la sencilla razón de haber nacido con posterioridad a su época. Gracias a la busca

y rebusca de datos, sin propósito de sentar cátedra, movido tan sólo por profesión y afición, voy a escribir para nuestra querida Revista la semblanza de Frascuelo y algo de su vida, con el deseo de que sirvan de emocionado recuerdo para sus contemporáneos y de minúscula información para quienes después vinimos al mundo.

SEMBLANZA

Dedicaré nada más que una frase a los primeros años, con uso de razón, de la vida de Salvador Sánchez: fué decorador. Como matador de toros después, en conjunto, encarnó la estampa del valor, del pundonor y la vergüenza torera. Rival de Rafael Molina —más por imposición de los públicos que por voluntad de los diestros—, así como Lagartijo fué la representación de la belleza varonil, el torero que siempre desafiaba el peligro con elegancia y alegría, sin que jamás se descompusieran ni las facciones de su cara, ni los músculos de su cuerpo estatuaria, fué Salvador, contra la calma, la impaciencia, el manejo de nervios, el luchador que dedicaba su vida entera al afán de vencer y vencerse noblemente. En tardes de competencia, sólo tenía por ansia que sonaran el clarín y los timbales, para ejercitar y demostrar su temple.

¡Qué dos hombres! ¡Qué dos toreros en cuerpo y alma! Si Lagartijo aparecía en la arena, envuelto el pecho con el capote de paseo, arrancaba la primera ovación; cuando se tiraba a matar Frascuelo sonaba trepidante la última, en tendidos y graderías.

Lagartijo y Frascuelo, Frascuelo y Lagartijo, siempre a base de la proeza, restablecían el equilibrio, tras la momentánea supremacía.

Pocos, sin embargo, se dieron cuenta en aquella época que arranca hacia la mitad del pasado siglo, de la fuerza de voluntad, del tesón y la hombría de Salvador Sánchez. En principio, para los más no era sino un loco, un suicida, carne de cementerios rota a hachazos de toro. Esto apasiona, estremece, da miedo atractivo al espectador, pero tras el empuje ocasiona laxitud, vencimiento, tristeza al protagonista. Durante muchos años, Frascuelo tuvo por peor enemigo la incompreensión que, verdaderamente, es un martirio para el ser humano. El sobrellevó animoso. Triunfar, vencer en toda línea, en realidad sólo lo consiguió al retirarse; después de veinticinco años de titánica pelea en los ruedos. Entonces sí se le reconocieron tantos méritos como a Lagartijo el Magno. Los dos, fueron y serán «la pareja», cara y cruz de una de las pocas medallas de oro del toreo.

Salvador Sánchez vivió ocho años después de su retirada, más ídolo que en activo, aclamado por el murmullo, sobre todo, de las clases populares. Pobres y ricos, títulos y gente humilde, compañeros consagrados y principiantes, unánimes, se honraron con su amistad, al mismo tiempo que la afición pudo apreciar el inmenso vacío que había dejado en las plazas de toros. Su historial, su valor y su arte y, principalmente, la manera con que estoqueó a las reses bravas, dieron sobradamente la razón a sus más esforzados paladines Sánchez Neira y Peña Goñi: fué el torero más completo —al igual que Lagartijo— de cuantos vieron en su larga vida. También tuvo razón el honradísimo veterano Juan Mota, quien al llorar a Salvador en el féretro, decía acongojado: «Yo afirmé el primero que no era un loco».

Frascuelo estuvo a punto de morir —sobre todo dos veces, entre las astas de un Miura y un Adalid— en el escenario de sus dolores y sus triunfos. Si cabe, en los últimos años toreó con menos reservas y con más empeño que cuando empezaba.

El público de Madrid fué testigo de su última actuación. Por su trabajo, la Empresa le pagó la entonces respetable suma de treinta mil pesetas.

J. HERNANDEZ PETIT



En treinta años de lucha en las



Al cumplirse mañana el primer centenario de su nacimiento, me parece oportuno dedicar un recuerdo al mejor matador de toros que ha existido, relatando alguno de los hechos que realizó, ya que en las cortas dimensiones de un artículo no quepa más, dejando para días sucesivos la narración de los más culminantes de su historia.

Con treinta años de lucha con las reses bravas, diecisiete cogidas graves, algunas de muerte, muchísimos desengaños por las injusticias del público, rayando ya en los cincuenta años, el pelo blanco, el cuerpo quebranta-

do y el alma desengañada y convencida de la merma de facultades y no queriendo enturbiar una fama acrisolada con tantos triunfos, buscando recursos y marrullerías, que nunca utilizó, decidió retirarse.

Toda su vida toreó con la misma ilusión y el mismo deseo de agradar al público, que la primera vez que se puso delante de un toro. Hacía siempre todo lo que podía. Jamás se disculpó con el «no ha querido» al tener el santo de espaldas. En él no cabía la trampa; fué el prototipo del torero honrado y de vergüenza.

Ya en la primera corrida de Palha que se dió aquí en Madrid, por Lagartijo y Frascuelo, vimos a los dos viejos lo que vulgarmente se dice andar de cabeza. Toros de gran respeto, muy codiciosos, bien armados, con una bravura y una agilidad que resultaba inútil la barrera, porque la saltaban con gran facilidad al perseguir a los toreros. Uno de ellos le saltó once veces. A Morenito, banderillero de Frascuelo, le empujó el toro con el morro, saltando la valla detrás de él y poniendo las patas delanteras en las maromas y fué a parar a la primera fila del tendido, cayendo encima de los espectadores, sin tropezar a los de barrera y contrabarrera.

Juan Molina, hermano de Lagartijo, el rey de los peones, quedó tan rendido aquel domingo, a pesar de sus muchas facultades, que al llegar a su domicilio se metió en la cama, pidió a su mujer la botella de aguardiente, bebió gran cantidad y disponiéndose a dormir, le dijo: «El sábado me llamas».

Para el día 12 de mayo de 1890 se anunció la despedida de Frascuelo con toros de Veragua y la alternativa de Lagartijillo. ¡Qué pena para la afición! Veíamos desaparecer para siempre al coloso y veíamos lo difícil que sería reemplazarle. Algo parecido a lo que nos ocurrió al morir Gayarre. ¡Ibamos a verle por última vez!

Rafael Guerra, Guerrita, el de la célebre frase de «Después de mí, naide, y luego el Fuentes», decía al hablar de Frascuelo: «Pero, señores, ¿quién piza el

Su última corrida la celebró en Madrid el 12 de mayo de 1890

Murió en la calle del Arenal, 22, el 2 de marzo de 1898

Plazas mató 2.937 reses bravas

terreno que piza eze hombre? Y llevando como lle-
vaba ya algunos años de matador de cartel, tuvo el
simpático gesto de ofrecerse como peón de confian-
za para esa corrida. Dos temporadas casi seguidas,
de las últimas que toreó Salvador, tuvimos en el
cartel a los tres: Lagartijo, Frascuelo y Guerrita, y
era muy agradable ver la modestia y exactitud con
que cumplía éste las órdenes y advertencias de los
viejos, a pesar de la opinión que de sí mismo te-
nia, pero reconociendo al mismo tiempo la superio-
ridad.

De azul y oro vestía Guerrita. Hecho el paseo y el
saludo al presidente, tomó su capote de brega y se
colocó, según era costumbre, entre el 8 y el 9, frente
a los toriles, y bregó y banerilleó colosalmente.

Badila, gran picador de la cuadrilla de Salvador,
pidió permiso a la presidencia para poner un par de
banderillas a caballo, imitando a Ponciano Díaz y,
concedido, con el mismo caballo que acababa de picar,
lleno de cornadas, colocó un gran par.

Lagartijillo, tratando de imitar a su maestro, in-
tentó por tres veces la suerte de recibir sin poder
conseguirlo, pero quedó bien en sus tres toros.

Al sonar el clarín para cambiar el tercio y coger
Frascuelo los trastos de matar, le saludó el público
con una salva de aplausos verdaderamente emocio-
nante, sustituido al terminar el brindis por un silen-
cio absoluto, más emocionante todavía. Con su pe-
queña muleta plegada y sacando la tripa, desafió al
bicho repetidas veces y avanzando cada una de ellas
hasta conseguir que se le arrancase, le dió a muy
corta distancia un coñido cambio en la misma ca-
beza. Siguió después como si fuera la primera vez
que se presentara delante de un público y quisiera
conquistar un cartel; sin trampas, sin artimañas,
como siempre derrochando valor, arte y maestría,
lo mismo en los quites que con la muleta y estoque,
logró delirantes ovaciones acompañadas de multitud
de regalos; tabacos, petacas, flores, hasta palomas y
prendas de vestir de hombre y de mujer. Para que
detallar las tres faenas. Con decir que fueron de las
buenas, está dicho todo. Al terminar la muerte de su
último toro, Regalón se llamaba, que hacía el nú-
mero 2.937 de los que llevaba muertos en su larga
vida de matador y terminar la delirante ovación, le
regaló a Guerrita la muleta y el estoque que acababa
de utilizar, como recuerdo de su despedida, corres-
pondiéndole éste con un abrazo.

Al doblar el sexto, toro muerto por Lagartijillo,
el público invadió el redondel para abrazar y hasta
besar a Salvador, y llevado en hombros hasta el co-
rreo fué aclamado por la multitud de admiradores
que lo rodeaba hasta su domicilio.

Cuando entramos en su casa algunos amigos para
saludarle, ya se había quitado el traje de luces y des-
prendido la coleta. Su esposa, loca de alegría al verle
ya libre de la zozobra que sufría siempre que su ma-
rido toreaba, cercenó con unas tijeras aquel mechón
de cabellos grises, produciendo con ello emociones
contradictorias diametralmente, porque a la alegría pro-
ducida por el éxito, acompañaba la pena que produce
la pérdida de lo que no se puede recuperar.

Nuestro presentimiento no era vano. Van transcu-
ridos ya cincuenta y cuatro años y el puesto que
dejó vacante Salvador, no lo ha ocupado nadie to-
talmente. Después de él ha habido grandes toreros, aven-
turándose en algunas suertes unos y en otras otros,
pero en la de matar a volapié o recibiendo, que por
algo se llama la suerte suprema y a la que deben su-
cederle todas las demás, por ser la más arriesgada
y emocionante y la que da la categoría de matador
a los toreros, en esa y en los quites, ninguno le ha
igualado y por el camino que llevamos estaremos
más distanciados cada día.—SAEZ DE HEREDIA

Algo de la vida de SALVADOR SANCHEZ

A través de mil doscientas treinta y siete corridas, forzosamente tuvieron que sucederle a Salvador Sánchez sucesos capaces de llenar uno o varios libros con más de un millar de páginas interesantes. Por eso, la selección periodística es enojosa y probablemente desacertada. Consignaré, para empezar, que las dos cogidas más graves las tuvo el de Churriana el día 15 de abril de 1877 y el 12 de octubre de 1879. Ya he escrito, en la semblanza anterior, el nombre de las ganaderías, y especificaré tan sólo ahora, en cuanto a la primera, que fué un traje grana y oro el que destrozó Primoroso, lidiado en cuarto lugar. Se revolvía pronto a la muleta, tenía más de cinco años y pesó con exceso las cuarenta arrobas y veintidós libras que el reglamento exige. Con la fractura completa del cuello quirúrgico del húmero izquierdo y contusión de primer grado en la parte posterior de la cresta ilíaca del hueso coxal izquierdo —calificada de «grave» posteriormente por el doctor Roa—, Frascuelo volvió al toro «nadie sabe cómo» y le dió otro pase: «Pero el brazo cedió a un vivo dolor y se vió obligado a retirarse a la enfermería». En cuanto a la segunda cogida, el segundo toro que —ya es casualidad!— se llamaba Lagartijo, malo, negro, bragao, grande, feo de cabeza y afilado de cuernos, derribó por tercera vez a un picador. Hermosilla acudió al quite y fué cogido. Frascuelo vió todo el peligro, y movido por impulsos de serenidad y valentía temeraria, se lanzó a interponerse. Recibió tres cornadas, «hasta que el toro pasó de largos». Al llegar a la barrera le faltaron las fuerzas y cayó. Asistían a la corrida Su Majestad con la princesa de Asturias y los archiduques de Austria. Cuando el diestro recobró el conocimiento en la enfermería de la Plaza, lo primero que hizo fué preguntar: «¿Puedo seguir toreando?». También resultó cogido de gravedad Frascuelo en la memorablemente llamada del gran pensamiento. Cuando le trasladaban en la camilla siba el hule levantado y el herido se fumaba un puro.

Animoso, siempre con deseos de superarse, alentado por cientos de miles de partidarios y con una crecida cantidad de detractores, lagartijistas acérrimos, uno de los capítulos de más interés de la vida de Salvador ocurrió el 26 de mayo de 1877. La Plaza vieja, al empezar la corrida, se hallaba totalmente abarrotada, deseosos los espectadores de ver en qué acababa la actuación de Frascuelo como único espada, frente a seis Veraguas «de presencia, carne y armas». Dice uno de los más acreditados cronistas de la época que la lidia tuvo un carácter de formalidad tan artístico que hizo recordar los tiempos de Francisco Montes. El diestro mató los seis toros con tal aplomo, con tal seguridad, con tan pausado clasicismo, que «sus faenas por sí solas fueron bastante para haberle colocado en uno de los primeros puestos del toreo de todos los tiempos. Pero sin ellas ya le había conquistado. Las siete estocadas con que despachó a aquella media docena de reses bravas, desde luego le acreditaron como primer matador de toros de su época.

En cuanto a la más enconada competencia que se vió durante el siglo anterior, en honor a la verdad digamos que aunque el público los puso a Lagartijo y Frascuelo frente a frente, como enemigos irreconciliables, ellos nunca lo fueron. Fueron, sí, la antítesis de procedimiento, con el consiguiente arrastre de banderías y partidarios. Verdad, asimismo, que Salvador dijo en alguna ocasión: «El o yo». Pero se refería al puesto que noblemente pretendía alcanzar y no, de ninguna manera, a la eliminación del que otra vez llamó admirado compañero. Si admitimos como cierto cuanto se ha escrito y hablado de su desprecio a la vida, empujados por las palmas oídas en honor de cualquiera de su profesión. Ante el peligro, que prela buscar con celo, a Frascuelo se le templaban los músculos, centelleaban sus ojos, su busto terciado y enjuto se estiraba y ensanchaba y jamás daba un paso atrás. Así luchó muchas, muchas veces con la muerte. Después de verter su sangre, decía: «Escapé». Y, desocupado, volvía a vestirse de luces, familiarizado con el juego trágico.

«LA DE SALVADOR Y RAFAEL»

Para entresacar entre millares una anécdota, sin vacilar escogemos la ocurrida a propósito de la corrida de Beneficencia del año 1882. Digamos como antecedente necesario que, desde hacía tiempo, el médico de cabecera de la familia de Frascuelo era el doctor Benavente, padre. Como durante una temporada no saliera de casa por su mucho trabajo y por necesitar descanso, ya en la celebrada, Frascuelo fué a visitarle. Le dijo que uno de sus hijos se hallaba grave y en trance de muerte y le pedía y suplicaba que accediera a visitarle. Se excusó el doctor, proponiendo nombres de eminentes compañeros. No; tenía que ser él, porfiaba el diestro con emocionada rudeza. Tanto insistió, con tal angustia le vió el médico, que al fin accedió y con su saber y destreza salvó al hijo del matador célebre.

Después hubo un tiempo en que Salvador prometió no torear en la Plaza madrileña, dolido por las injusticias que con él se habían cometido. En estas circunstancias, la Diputación organizó la corrida de Beneficencia, para cuyo cartel se consideró indispensable a Frascuelo. Se lo pidieron con paciente reiteración, se utilizaron las mejores influencias. Inútil. No desistía aquél de su negativa. Agotados, vencidos, perdida toda esperanza de que actuase en tan caritativa fiesta, alguien en el seno de la comisión se acordó del doctor Benavente. Este acudió al domicilio de Frascuelo. Tan sólo le dijo:

—Salvador: en nombre de los pobres te pido que torees la de Beneficencia.

Recordando sin duda la deuda de gratitud que con el doctor tenía, le contestó:

—Usted es el único a quien no me puedo negar. Diga que actuaré para los pobres y que firmaré en blanco la escritura.

Frascuelo toreó gratis aquella de Beneficencia del año 82, que algunos recordarán sobre todo como «la de Salvador y Rafael».

Y forzado a terminar, diré que murió Salvador de enfermedad en Madrid en la calle del Arenal, número 22, el día 8 de marzo de 1898. Lagartijo, que estaba en el campo de Córdoba, acudió presuroso a rendir tributo a quien de los dos murió el primero. La cabeza clásica, ya casi de nieve, quería hundirse sobre el pecho del Hércules. Por las profundas arrugas se deslizaban lágrimas gruesas, animadas por el resplandor del recuerdo. Los dos alcanzaron la gloria.

J. H. P.





ANDRES GAGO ve con optimismo el panorama de la próxima temporada

"Todo lo que contribuya a exaltar el ambiente taurino en noble competencia, es siempre interesante y beneficia a la fiesta"

EN Andrés Gago quiebra esa nota de fruncida seriedad y aparente sapiencia que distingue a cuantos andan metidos en eso que se llama «el negocio de los toros». Al menos, ¿nosotros, ajenos a esa complicada madeja de relaciones taurino-comerciales, nos ha parecido Andrés Gago demasiado cordial y excesivamente sincero —en sus opiniones y entusiasmos— para la lidia astuta y difícil de los contratos y carteles. Por añadidura, su juventud es otro signo contrario al patrón universal del apoderado del torero, que, como en el refrán famoso, ha de saber más por viejo que por diablo... Todo eso —sinceridad, juventud y cordialidad— hace, sin duda, más fácil la labor del periodista, que esta vez no ha de moverse en los ajustados límites de un cuestionario y que puede preguntar lo que le venga en gana, sin temor ni reparos.

La atracción de América ha pesado muy decisivamente en la vida profesional de Andrés Gago. Once veces cruzó el Océano: siete, como banderillero, y cuatro, como empresario. Porque Andrés Gago, no hay que olvidarlo, ha sido, hasta 1940, un banderillero habilísimo... Y antes, hace doce o catorce años, había sido novillero. No tuvo suerte, y a tiempo comprendió que no tenía sitio en el escalafón de grandes figuras, y prefirió el riesgo menos brillante de rehiletero. El año 1940 estaba en la cuadrilla de Paquito Cosado. Un día le alcanzó un toro y le partió un brazo, y se retiró. Y como en sus excursiones por América había tenido fortuna en la organización de festejos taurinos, cambió el rumbo de sus aficiones hacia otra faceta de la fiesta: se hizo empresario.

—Yo había organizado —nos dice—, en varias ocasiones, corridas en Venezuela, aprovechando fechas libres de mis compromisos como banderillero... Y tenía ya cierta experiencia en el negocio. Recuerdo que una vez en Cúcuta, cerca de Maracaibo, monté un festejo taurino en un teatro, porque allí no había plaza y si deseara por ver una corrida. Otra vez le di a mi hermano Fernando la alternativa en Caracas... Ambas funciones resultaron bien. Y esto me animó a lanzarme de lleno. Desde entonces he llevado más de cien toros allá, de las mejores ganaderías españolas y portuguesas: de Miura, de Santa Coloma, de Villamarta, de don Felipe Batallomé, de Palha, de Mourá...

—¿Hay allí muchas ganaderías bravas?
—Hay algunas... En Caracas existe una de Pallarés; en Bogotá, tres, una de un español, don Francisco García, de la Puebla precisamente, que ha conseguido, por su constancia y trabajo, labrarse un gran porvenir; otra, de don José Santamaría, y otra, de doña Clara Sierra; en Lima hay una excelente: la de don Víctor Montero, un ganadero escrupuloso, gran amigo de España...

—¿Qué toreros ha llevado usted en esos años en que fué empresario en Venezuela, Perú y Colombia?
—Pues he llevado a Ortega, Chicuelo, Cagancho, Nocín, Péricás, Niño de la Palma, Rafaelillo, Gitanillo de Triana, Sánchez Mejías, Maravillas, Torerito de Triana, Pepe Gallardo, Chiquito de la Audiencia, Carrerito de Málaga...

—¿Qué diferencias notables encuentra usted entre el negocio de toros en España y en América?

—En la parte económica allí existe una ventaja inicial: que los impuestos son más bajos... En cuanto al artístico, es interesante hacer constar que allí, acaso porque están mejor pagados los toreros, casi todos quedan muy bien. Yo he visto toreros que en España no han sido grandes figuras, y que allí han tenido actuaciones lucidísimas.

—¿Cómo pasó usted de empresario a apoderado?
—Por casualidad... Yo había conocido a Montani en Lima, el año 1938, y fui yo precisamente quien organicé la corrida en que Alejandro tomó la alternativa de manos de El Niño de la Palma. Estuvo muy bien el peruano, que es sin duda un excelente lidiador, aunque en los últimos tiempos no haya tenido suerte y lo hayan castigado mucho los toros, y, por eso, cuando vino a España y me buscó, no tuve inconveniente en convertirme en su apoderado. A Carlos Arruza lo conocí el año 1940 en Caracas, donde tanto se quiere y admira a los toreros españoles. Comprendí, viéndole torear, lo que podía hacer en los ruedos de España, y cuando vino este año, quedé también bajo «mi mando»...

—¿Y usted qué opina de «su torero»?
—Yo sólo le dié una cosa. Arruza ha sido el torero que en menos tiempo se ha discutido más... Su toreo transmite al público una emoción insospechada. Yo he visto espectadores que le han pedido que no siguiera toreado, ante sus gestos resueltamente temerarios... Tiene una gran afición, un repertorio completísimo, tanto con la capa como con la muleta; sabe banderillar, y a la hora de irse tras el estoque, se entrega sin precauciones al mejor éxito de la suerte suprema. Un torero que en Méjico lleva dos temporadas toreado

más que nadie ya comprenderá usted que no puede ser un simple producto de la propaganda.

—¿Es cierto que un sesenta por ciento de lo que un torero gana se estufa en los innumerables gastos que tiene?

—Y más de un sesenta por ciento... Y, sobre todo, cuando el gasto normal de un torero se une, como en el caso de Carlos Arruza, una serie de obras de caridad que yo no estoy autorizado para revelar, pero que mucha gente conoce.

—En efecto, eso gesto con la madre de Manolo Cortés.

—Al infortunado Manolo Cortés lo conoció Arruza en Barcelona. Manolo le brindó la muerte de un toro, y Carlos le regaló un reloj de pulsera precioso. Cuando se enteró de que le preparábamos una corrida a beneficio de la madre del torero fallecido, Arruza, que no podía retrasar su salida hacia Méjico, me escribió diciéndome lo que ya la gente conoce: que los honorarios íntegros que cobrara en la primera corrida de las fallas de Valencia serían para la madre de Manolo Cortés.

—¿En qué reside, según su opinión, el secreto de triunfar como apoderado?

—A mi juicio, en conocer perfectamente al torero. Saber cuáles son sus virtudes y sus defectos... Le diré un ejemplo: Cuando Arruza resultó cogido al entrar a matar en la corrida que toreó en Sevilla, hubo varios banderilleros que quisieron llevárselo a la enfermería. Yo, que comprendí la importancia de la cogida, pero que conocí también el valor y la entereza de Arruza, le indiqué la conveniencia de que le dejaran entrar de nuevo a matar.

—¿Será la temporada próxima un buen año de toros?
—Yo no tengo por qué negar que soy optimista. El año próximo habrá más corridas que en éste...

—¿Usted cree que la concurrencia de los toreros mejicanos beneficia a la fiesta en general?

—Indudablemente. ¿Interesa o no a la fiesta de toros este ambiente de exaltación que se ha producido en la segunda mitad de la próxima temporada?



Andrés Gago, con Raimundo Blanco, Fuentes Bejarano y corresponsal en Sevilla, conversando para EL RUEDO (Fot. Luis Arenas.)



LOS VIEJOS DEL RUEDO

LUIS DE LA CUERDA

es empleado de la Plaza desde 1902

Una sola vez toreó y jamás quiso volver a pensar en ser torero



Luis de la Cuerda debutó como empleado en la Plaza de Toros de Madrid el mismo día que tomaba la alternativa Vicente Pastor. Esta fecha la recuerda nuestro amigo como la más deslumbrante y solemne de su vida de aficionado, y a su manera, nos hace una descripción de ella tan minuciosa y exacta, que denota bien a las claras lo profundamente que se le quedó grabada en la memoria. Como casi todos los que ingresan al servicio de la Plaza, Luis entró como suplente de acomodador, pasando luego a la categoría inmediata de recibidor.

En 1902 —dice— tenía yo más ilusiones que nadie por ser torero. Se comprende que uno pueda ser audaz cuando es joven y que hasta lo más absurdo le parezca lógico y hacadero. Esto me sucedía a mí por aquel bendito tiempo en que, si hubiera hecho caso del refrán que dice

«zapatero, a tus zapatos», no hubiera tenido que lamentar el palizón que me propinó un becerrete, que, a poco más,

me cueste la vida.

—¿Tan malparado le dejó?

—No quiero ni recordarlo. Porque es el caso que el gremio de Zapateros, al que yo pertenecía, decidió celebrar una becerrada y que yo torease en ella. «Vamos a ver —me decían— qué tal se da eso. Ahora podrás demostrar si sirves o no para dejar la lezna y sustituirla por el estoque». La afición, el amor propio y los pocos años me lanzaron a la aventura. Y cádate a Periquito hecho fraile, quiero decir, a Luis convertido en torero.

—¿Qué le sucedió a usted?

—Pues, sobre poco más o menos, lo siguiente: el número interesante de la fiesta lo constituía una pantomima que estaba muy en boga por entonces y que se titulaba «El doctor y el enfermo». Entré yo en turno, y el becerro, como si la hubiera tomado conmigo, empezó a perseguirme y a bufarme como un condenado. Me acorraló, logró alcanzarme y se ensañó conmigo como si nadie más que yo fuera el causante de su rabia. Total: que el enfermo de la pantomima fui yo, enfermo para mucho tiempo, pues el palizón me dejó molido y casi inútil durante algunas semanas. Ahora que, a la vez, quedé curado para siempre de la ridícula pretensión de ser torero.

—¿Qué recuerda usted de la corrida en que se doctoró Vicente Pastor?

—Pues que fué una de las mejores que he visto en mi vida. Con Pastor alternaba el gran Mazzantini, y los dos hicieron alarde de valentía y buena escuela torera. El rey del volapié —Mazzantini— pudo darse cuenta aquella tarde que, a su retirada, quedaba un sustituto, otro rey del volapié digno de él.

—¿Le gustaba más la fiesta taurina de antes que la de ahora?

—No puedo negarle que siento la nostalgia de aquello. Entre mis recuerdos del pasado está la corrida que se celebró cuando la muerte del pobre Granero, al que fui yo el primero en sostener en mis brazos para trasladarlo a la enfermería. Aquella tarde tomaba la alternativa Marcial Lalanda y la expectación en la Plaza era inmensa. Figúrese usted cuando ocurrió la tremenda desgracia, porque se dió el caso —uno de los pocos que se han dado— de que el público vió morir al torero en la arena. Granero era joven, simpático; el público lo quería, y la emoción de todos fué indescriptible.

—¿Siguió en usted la afición después de su fracaso como torero?

—Casi más que antes. Lo demuestra el hecho de haber aguantado horas enteras al sol, en las tardes sofocantes del verano, sudando como un bendito, por no perder detalle de la corrida.

—¿Dónde ejercía usted sus funciones en la Plaza?

—En pleno callejón. Esto me ha proporcionado una de sus cosas como para escribir una historia del miedo. Recuerdo que una tarde saltó al callejón un toro de Aleas que parecía una montaña. ¡Dios mío qué pánico! Se movió un barullo como no lo había visto en mi vida. El que más y el que menos corría desaladamente y se tiraba de cabeza por donde podía. A mí me da la sensación de que todavía estoy corriendo...

—¿Abandonó usted el oficio de zapatero?

—Hace muchos años. Me dediqué de lleno a los espectáculos, y entre los toros y el teatro se reparten mis actividades como acomodador.

—¿Qué le gusta más, el teatro o los toros?

—Son dos cosas distintas y cada una de ellas me gusta por distinta causa. El teatro instruye, deleita. Los toros emocionan y entusiasman. ¡He visto tanto en mi larga vida de lo uno y de lo otro!

—¿Qué torero prefiere usted?

—De los de antes, el primero, Vicente Pastor. No puedo olvidar la tarde que obtuvo la primera oreja en Madrid, toreando con Regaterín y Manolete —padre—. ¡Aquel toro Carbonero, de Concha y Sierra, que le tocó a Pastor! Después me han gustado mucho Josehito y Belmonte, dos toreros extraordinarios. Y ahora siguen pareciéndome magníficos Manolete y Antoñito Bienvenida.

—¿Qué diferencia encuentra usted entre la fiesta actual y la antigua?

—Mucha. Aquello era otra cosa. Hasta el ambiente variaba por completo, con ventaja para lo de antes. Empezó usted por los precios: en mi tiempo se pagaban por las entradas de andanada, con muy buenos toreros en el cartel, setenta y ochenta céntimos! Los toreros, naturalmente, no se enriquecían como ahora, y al retirarse, después de muchos años de brega y de peligros, apenas si habían ahorrado para instalar una cacharrería. Eso sí, seguían siendo toreros hasta durmiendo.

—¿Empezaban las temporadas como ahora?

—No, señor. Antiguamente se inauguraba la temporada el día de las Candelas. Con un frío que pelaba. Eran con todos los espectadores, que, claro está, se componían de aficionados capaces del sacrificio y a prueba de pulmonías. Los asistentes a aquellas corridas iban prevenidos de pellizas y capas, que eran las prendas de abrigo que se usaban entonces, y aun así era insuportable la temperatura de la Plaza, hasta el extremo de que hubo de trasladarse la fecha de inauguración de temporada al domingo de Piñata, dándose el caso de ver a las máscaras ocupando las localidades. Esto mismo no me negará usted que tenía más color y que era mucho más pintoresco que lo de ahora.

Luis de la Cuerda se pierde luego en una serie de consideraciones que resultan un verdadero canto y una apasionada elegía de lo pretérito. Más que a los toreros, destaca a los toros de entonces. Pero, además, baraja y entremezcla nombres y sucesos veintiguinosos y caprichosamente: Lucrecia Arana, Antonio Fuentes, Pepe Moncayo, la Foruarina... El estreno de *El conde de Luxemburgo* y la tarde apoteósica de Chicuelo... Las clásicas «espantás» de Rafael el Gallo y los famosos y populares cuplés de Julia Fons...

—¿No le pesa no haber podido conquistar la gloria con los toros?

—Más me hubiera pesado quedar entre los cuernos de alguno de ellos. Como prueba, tuve bastante con aquella que hice. Aun me parece que me duelen los huesos cuando me acuerdo. No, yo he sido toda mi vida un hombre pacífico, muy sensible a los golpes. No estoy conforme con eso de que más cornás da el hambre. Me ha ido muy bien siempre con mi insignificancia y mi pobreza...

Para terminar, Luis nos relata la primera vez que se dieron dos alternativas en una Plaza. Fué en el año 1900 y toreaban Mazzantini, Emilio Torres, Bombita, Machaquito y Lagartijo Chico.

—¿Ocurrió —dice— que para saber cuál era el más antiguo, sacaron una bolsita de seda con dos números y le tocó la antigüedad a Lagartijo. Así es que Mazzantini le dió la alternativa a Lagartijo, y Bombita a Machaquito. También fué aquella una de las tardes de toros que no se olvidan nunca...

NUESTRA CONTRAPORTADA

TOREROS CÉLEBRES

Rafael González, Machaquito



NACIO en Córdoba el 2 de enero de 1880. Desde pequeño trabajó en el matadero, se aficionó a torear y recorrió los pueblos de la provincia de Córdoba y muchos de Extremadura y de la Mancha, para actuar en las capeas.

El 25 de julio de 1897 toreó novillos por primera vez Machaquito, en Valladolid, con Revertito, Gallito (Rafael) y Rondo. El 15 de agosto del mismo año volvió a torear en la expresada capital con Gallito y Lagartijo Chico, y con los mismos actuó, durante la temporada de 1897, en Burgos, Palencia, Briviesca, Benavente y Vigo.

El ex matador Rafael Sánchez (Bebe), que había visto torear una becerrada a Machaquito con Lagartijo Chico el 27 de septiembre de 1896 en Córdoba, organizó la cuadrilla de jóvenes cordobeses con los dos citados diestros de matadores. Se presentaron en Córdoba el 10 de abril de 1898 y en Madrid el 8 de septiembre del mismo año. Después de llevar a cabo brillantes campañas como novilleros, se anunció en Madrid, para el día 16 de septiembre de 1900, la doble alternativa de los jóvenes cordobeses. El lugar que cada uno de ellos había de ocupar en lo sucesivo se decidió por sorteo; sorteo que se hizo después del apartado en medio de la Plaza, y fué el crítico don José de la Loma (Don Modesto) quien extrajo de un sombrero la papileta que daba solución al pleito. Lagartijo Chico toreó siempre ya delante de Machaquito. Se lidiaron ocho toros del Duque de Veragua. Mazzantini dió la alternativa a Lagartijo Chico, y Emilio Torres cedió la muerte del toro Costillares a Machaquito.

Mientras fué matador de toros, Machaquito tomó parte en 754 corridas y dió muerte a 1.853 reses. Fué a Méjico en los inviernos de 1903 a 1904 y de 1912 a 1914. Su mejor temporada fué la de 1904. Durante ella mató 235 toros, y de ellos, 200 de sólo una estocada. La temporada más floja fué la de 1909, pues el 4 de julio fué cogido por un toro de Saltillo en Palma de Mallorca y no pudo torear más que 29 corridas.

Está en posesión de la Cruz de Beneficencia por su hazaña en Hinojosa del Duque (Córdoba).

Sin dar cuenta a nadie de su resolución, se retiró del toreo en la Plaza de Madrid el 16 de octubre de 1913, día en el que dió la alternativa a Juan Belmonte en presencia de Rafael el Gallo. Los toros pertenecían a la ganadería de Bañuelos, y el que mató Machaquito en segundo lugar se llamaba Lunantjo. Actualmente vive en Córdoba.

Nota.— Por error de ajuste publicamos en nuestro número anterior la biografía de Rafael Guerra, cuando en la portada se publicó el retrato de Rafael González (Machaquito). Publicamos hoy la biografía de éste y el retrato de Guerrita, con lo que los coleccionistas de EL RUEDO completarán su colección de retratos y biografías.

De EL ANDALUZ a don Manuel Alvarez



EN un céntrico café, que, a pesar de sus amplias dimensiones, apenas si tiene cabida para dar cobijo a todos los taurinos que en él se reúnen por las mañanas, encontramos a El Andaluz de ayer, tío y mentor del gran torero que lleva hoy el mismo apodo. Este Andaluz de otro tiempo es un hombre cordial, de rostro que en los rasgos y en el color acusa el abolengo imborrable de la morería en la raza andaluza. El semblante de Manuel Alvarez no se diferencia del de sus antepasados más que la melancolía ingénita de éstos la ha borrado en él la alegría de la risa, que constantemente lo ilumina.

El Andaluz tuvo en sus tiempos novilleriles el cartel y la popularidad que sus ruidos

pre ha sido de importancia primordial en la carrera del torero, fueron causa de que mi cartel sufriera alzas y bajas, no llegando a consolidarse de un modo definitivo.

—¿Y duraron mucho esas oscilaciones?

—Sí; bastante. No encontraba medio de llegar a la alternativa, hasta que por fin pude conseguir tomarla de manos de Luis Freg en Segovia el 11 de junio de 1925. Completaban el cartel Cañero y Saleri II, y los toros fueron de Argimiro Pérez.

No puede usted imaginar la larga serie de disgustos y de sinsabores que trae esto de llegar a la alternativa. Es superior a todos los sacrificios y sólo una gran fuerza de voluntad y un enorme tesón pueden mantener vivo el deseo de llegar a tan seductora fecha. Pero como le digo, lo conseguí por fin en junio de 1925.

—¿La confirmación en Madrid?

—Tardó dos años en llegar, y llegó en malas condiciones. Fué el 3 de julio de 1927. El padrino, Gavira, que encontró la muerte en esa corrida, y el testigo, Gallito de Zafra. Ganado de Pérez de la Concha. No se me dió mal del todo. Durante esos dos años transcurridos entre mi alternativa y su confirmación, y después, hice viajes a América. Cuatro veces fui a Caracas, donde tuve muy buen cartel; una al Perú y otra a Colombia.

—¿Después?

—Empecé a torear pocas corridas. Yo me había quedado parado en el camino, y eso en el toreo, no puede ser. Vinieron otros nuevos, que interesaban a los públicos, y se colocaron por delante de mí. El año 1930 decidí dedicarme a banderillero, figurando en las cuadrillas de Pepe Bienvenida, Gitanillo de Triana y otros, hasta que en el año 1940, toreado con Torerito, en Sevilla, vi claro que el toro que estaba toreado con la muleta lo iba a coger, como en efecto sucedió, y al hacerle el quite, el matador me atravesó con la espada la pierna izquierda a la altura de la rodilla. Fué una herida de dolorosa y larga curación y grave por la mucha sangre que perdí. Entonces, mi sobrino me dijo que no toreará más y me dedicará a su administración.

—¿Tú has intervenido en la formación de torero de tu sobrino?

—No. Quise hacerlo con su hermano José. Manuel se formó él solo en los tentaderos. La primera vez que lo vi fué en la Plaza de La Pañoleta, de Sevilla, matar dos becerros de Belmonte. Aquella tarde acusó un sentido tan grande del toreo, que vi claro en él el torero que es hoy, concepto que ratifiqué cuando lo vi debutar en Sevilla, aunque no estuvo bien, y que no me ha hecho rectificar todavía.

—¿Contento de la nueva profesión?

—Hombre, sí, porque me permite no alejarme del ambiente taurino, que es mi única afición, y porque creo que nadie puede interesarse en la administración de mi sobrino más que yo. Pero paso muy malos ratos. Peores que cuando yo toreada.

El reloj ha marcado la hora en la que El Andaluz de ayer ha de ir a tomar el tren para acompañar a El Andaluz de hoy, que va a torear una feria de tronio. Y en la despedida, el rostro moreno de don Manuel Alvarez torna a iluminarse con la alegría de la sonrisa.



Manuel Alvarez, El Andaluz, cuando tenía que corresponder a las ovaciones que premiaban sus faenas

sus triunfos en las Plazas le proporcionaron. Manuel nació al toreo en la época en que éste se había transformado al impulso arrullador de la renovación belmontina, que había marcado nuevos rumbos e impuesto nuevas normas al arte de torear, como en nuestros días los ha impuesto Manolete. Y al igual que hoy todos los muchachos que empiezan intentan asemejarse al estilo del califa cordobés, entonces, todos los que querían ser toreros empezaban a caminar por la senda que había trazado el «pasmos» de Triana. Los públicos creyeron ver que el toreo de El Andaluz estaba cortado con los patrones del de Belmonte, y de ahí sus triunfos, su auge y su popularidad de novillero.

Don Manuel Alvarez nos acoge con franca cordialidad; pero hemos de insistir mucho para que se avenga a nuestros deseos, pues es hombre que no gusta del exhibicionismo. Por fin accede, y con un leve dejo en la voz de melancólica añoranza de los tiempos pasados empieza a narrar:

—Yo —nos dice—, en los comienzos de mi vida, fui de oficio alfarero. Un poco ambiciosillo, soñaba con la gloria y la riqueza de los toreros. El triunfo de Belmonte me deslumbró —tenía yo entonces unos quince años—, y me decidí a cambiar la apacible tranquilidad de la alfarería por las inquietudes y los peligros de capeas y tentaderos. Un poco de tiempo del aprendizaje que unos más duro y otros más fácil hemos tenido todos, hasta que logré ver mi nombre en los carteles de la Plaza de Sevilla. Esto ocurría el 14 de octubre de 1914, y no debí quedar muy mal, ya que me presenté en Madrid el 25 de marzo del año siguiente con Valencia I y Fortuna, los novilleros de más cartel de entonces. También tuve éxito esa tarde, y luego otras más en esta Plaza y en las de provincias, todo el tiempo que fui novillero puntero.

Después —continúa luego de una pausa— no sé bien si la desigualdad en mis actuaciones o la falta de administración, que siem-

El Andaluz, tío del actual matador de toros, en un lance de capa



El torero que debutó hace treinta años en Sevilla muleteando con la izquierda





Mazzantini entrando a matar.
(Dibujo de Pérez)



Toreros célebres: Rafael Guerra, Guerrita.